

CORRESPONDENCIA



MALABAR (Indostán)

Misiones carmelitanas de Malabar

El Ilmo. Fr. Fernando Ossi de Santa María, obispo de Quilón, escribe desde Padanen Quilón-Olikaray:

Con el mayor gozo y satisfacción de nuestra alma hemos visto de algunos años á esta parte en esta nuestra diócesis ser numerosas las conversiones del Paganismo á nuestra santa Religión, especialmente en los distritos parroquiales de Vengotto, Mulagumudu, Carangato, Neatan-kare y Kottar. En los años 1894 y 1895, solamente en estos distritos ascendieron las conversiones casi al número de 3,000. Nuestra alegría crece más y más cada día al ver que en muchos lugares todavía existen no pocos catecúmenos, cabiéndonos la hermosa esperanza de numerosas y colectivas conversiones al seno de nuestra Religión.

Los RR. PP. Martín de la Sagrada Familia y Ubaldo María de San Ramón, que con gran celo y no menos abnegación trabajan en la conversión de los infieles, muchas veces nos significaron el gran número de catecúmenos existentes en el distrito de Kottar. Mientras de todo corazón da-

mos gracias á Dios nuestro Señor porque se ha dignado visitar misericordiosamente á aquellos que yacen sentados en las tinieblas del error y sombras de la muerte, aprobamos y recomendamos con el mayor gusto la santa obra que los precitados Padres emprenden en favor de los neófitos y catecúmenos. Los neófitos, así como los catecúmenos, son pobres y viven del trabajo cotidiano, no pudiendo por lo tanto edificar para sí mismos iglesias, ni instituir escuelas, etc., etc., siendo las iglesias y escuelas absolutamente necesarias, por cuanto de ello depende la perseverancia de los mismos en la fe y la recta instrucción de los mismos en nuestra fe y doctrina.

Por esta razón y por tan laudable fin, dichos Padres

Año V.—N.º 100



intentan implorar y recolectar limosnas de los piadosos bienhechores de Europa con el fin de que, tanto los neófitos como los convertidos por los mismos, no carezcan de iglesias ni escuelas. Además, son muchos entre los neófitos y catecúmenos de ambos sexos que privados de padres arrastran una vida miserable bajo la potestad de algunos parientes que ni cuidan de su educación espiritual ni temporal, ni del futuro bienestar de los mismos.

Los precitados Padres misioneros piensan además erigir orfanotrofios en donde dichos niños puedan ser educados y atendidos en sus necesidades espirituales y temporales. Si se erigiesen orfanotrofios en los referidos lugares, muchísimos niños de ambos sexos, como la

experiencia demuestra, serían voluntariamente ofrecidos por aquellos paganos que nada cuidan de religión. Rogamos, por lo tanto, á todos aquellos á quienes los mencionados Padres se dirigiesen en demanda de una limosna, que por amor de Dios no se desdeñen en ayudarles.

Tengan presente los bienhechores que aun permaneciendo en su propia casa pueden con sus limosnas anunciar como misioneros el Evangelio entre los pueblos infieles, y hacerse partícipes de los méritos y frutos del misionero. Dígnese el Señor benignamente auxiliar con su favor esta obra de la conversión de los infieles, y copiosamente remunerar á los bien-

hechores y á sus familias con bendiciones espirituales y temporales.—Padanen Quilon-Olikaray, 26 de Abril de 1896.

ALTO EGIPTO

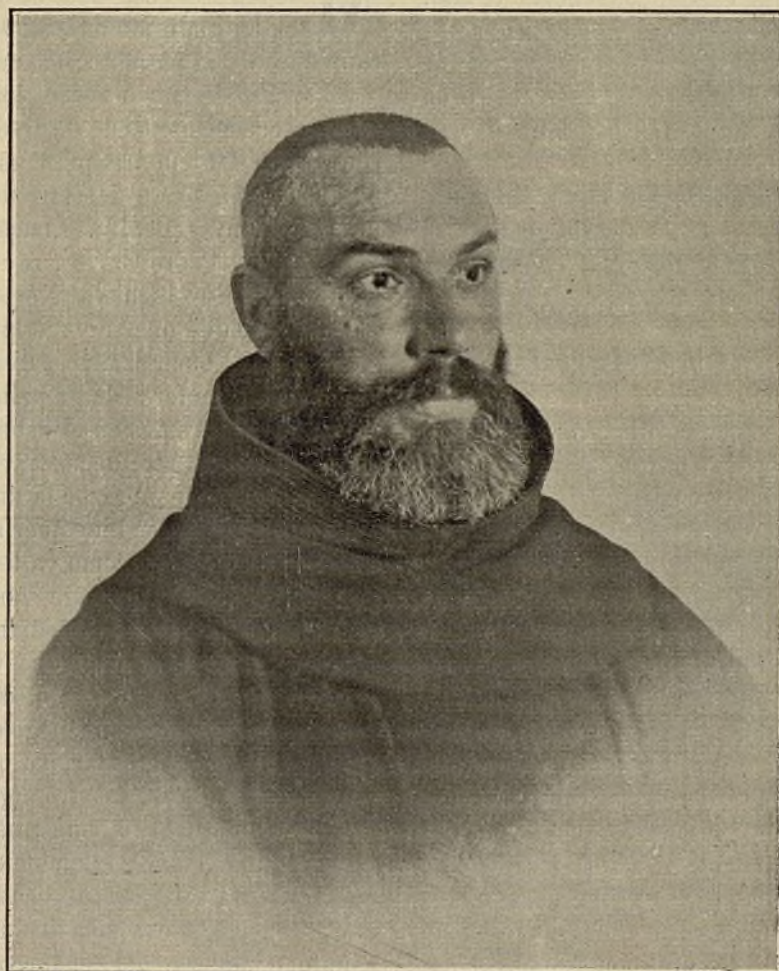
Retorno de los coptos cismáticos á la comunión romana

La siguiente carta del R. P. Nourrit, de la Compañía de Jesús, pondrá al corriente á nuestros lectores de las esperanzas y dificultades de la obra emprendida para volver á la unidad católica á los coptos disidentes.

EL P. Atanasio, vicario general de la diócesis de Tebas, ha hecho ya públicas la organización de la nueva diócesis y las conversiones recientes.

Hoy me tomo la libertad de comunicarnos una carta

45 Febrero 1897



M. R. P. FR. FRANCISCO CERVERA, franciscano. (Pág. 93)

que me ha escrito el P. Basilio Ghotas, vicario general del Ilmo. Maximos, desde Boni-Obeid, donde se halla hace más de un mes bloqueado por las aguas y la inundación anual del Nilo. Esta población, distante cuatro horas de Minieh, cuenta cerca de 4,000 habitantes, cristianos en su mayoría.

Recientemente uno de los sacerdotes de este pueblo, el P. Demetrios, se convirtió al Catolicismo, arrastrando gran parte de sus ovejas. Este sacerdote, á despecho de las excomuniones de su patriarca, se mantuvo firme, y recibió en el obispado católico de Minieh una formación sacerdotal conveniente, siendo luego enviado otra vez á Boni-Obeid. Allí se convenció de que, para que el movimiento parcial se generalizase, era preciso fundar á toda costa una escuela católica. El Prelado de Minieh tiempo hacía que estaba convencido de ello, y no permitiéndole lo limitado de sus recursos abrir la escuela, suplicaba á nuestros superiores que la tomase á su cargo, pero éstos, con gran dolor suyo, tuvieron que contestar que les era imposible por falta de recursos.

Entonces fué cuando el Prelado, conocedor de la abnegación y espíritu apostólico de su vicario general, el P. Basilio, doctor en filosofía y teología, consintió en dejarle partir para Boni-Obeid, dándole por todo viático su bendición.

Hoy me llega la primera carta de este valiente misionero.

«Cuento ya con treinta familias, dice, de las que estoy seguro. Procuro ganar poco á poco á los sacerdotes... Los coptos son muy fanáticos y obstinados. Con los que se obstinan en el error es inútil argumentar: discutir con ignorantes que saben algunos textos de memoria, pero que nada comprenden, es perder el tiempo y el prestigio. Por lo demás, nuestra pobreza nos perjudica mucho. No pueden estas gentes abandonar su antigua iglesia bien construída y adornada, donde hay canto é instrumentos para el mismo, para asistir á nuestra Misa celebrada en un patio. A mi parecer, cuando después de una ó dos visitas á un pueblo se ven las buenas disposiciones de sus habitantes, conviene no aceptarlos oficialmente hasta que se cuente con todo lo necesario para una instalación completa. Siuviésemos aquí una iglesia más bella que la de los cismáticos, una escuela, y todo lo necesario para los Oficios, ganaríamos por lo menos á la mitad de la población.

«Estas infelices gentes están muy atrasadas. Noto que el Judaísmo no ha desaparecido de aquí: circuncisión, observancia del sábado, prohibición de comer carne de cerdo, de liebre, etc.; necesidad de celebrar la Misa con los pies descalzos, rigor excesivo del ayuno y abstinencia, etc. En una palabra, aquí la religión está en el rito, los usos y las observancias exteriores. Como su *gommos* ha tratado mucho á los católicos, conoce todos nuestros usos y tiene todos nuestros libros, y goza de mucho crédito con sus ovejas, que nos miran como herejes. Las indulgencias, el purgatorio, etc., son palabras que no están acostumbrados á oír y que consideran otras tantas herejías. Inútil es que se les presenten pruebas; la palabra es nueva para ellos, luego la cosa es una innovación.

«Sólo las escuelas pueden civilizar paulatinamente á

estos infelices; pero es preciso que estén bien servidas. Los protestantes quieren abrir de nuevo su antigua escuela, y si nos toman la delantera, fácilmente se impondrán, merced á los inmensos recursos de que disponen. En nombre de Dios, ayudadnos á impedir esta desdicha.»

GOLFO DE GUINEA

Conversión del rey de Uloba.—Nueva iglesia y nuevo pueblo católico.—Alumnos indígenas

El R. P. Ramón Riverola, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Cabo San Juan el 25 de Octubre de 1896:

Muy amado y reverendo Padre: Voy á enterar á usted de lo más notable que, con el favor divino, se ha realizado en esta Misión continental africana durante el pasado trimestre.

El suceso de mayor resonancia y más consolador por sus consecuencias puede decirse que ha sido la sincera conversión del jefe más preponderante y caracterizado de una buena parte del territorio comprendido entre los ríos Muny y Benito. Llamábase en el paganismo Uguasa, hoy Pedro Claver, rey de Uloba, punto situado á unas cuatro leguas al Norte del Cabo San Juan.

La ocasión de que se valió la divina Providencia para llevarle al buen camino parece fué la siguiente. Reducido por la enfermedad á peligro inminente de muerte, nos consideramos en el deber de practicar todos los medios posibles para demostrarle la urgente necesidad en que estaba de abrazar la única Religión verdadera que le proponíamos si no quería arriesgar gravemente su eterna salvación: como ya tenía algún conocimiento de las verdades de nuestra santa fe, la gracia parecía triunfar de aquella alma mediante nuestras exhortaciones, hechas en tan duro trance como es el de la proximidad de la muerte; pero el demonio pretendía sacar partido de la mejoría que luego experimentó el enfermo, para á lo menos retardar, ya que impedir no pudiera, su conversión; y así mostró algunos reparos y presentó varias objeciones á nuestras enseñanzas, mas por fin se rindió al divino llamamiento, convencido de ser nuestra santa Religión católica la única verdadera; prometió considerar con toda madurez este importantísimo asunto, é implorar del Señor gracia y fuerzas para romper los lazos del gentilismo, rogándonos al propio tiempo que en el agosto sacrificio de la Misa eleváramos al Todopoderoso las mismas súplicas. No tardó la divina bondad en acoger nuestras plegarias, y la gracia se encargó de allanar las dificultades al parecer insuperables que se oponían á la conversión del jefe Uloba. Pocos días después nos decía resueltamente que el sábado próximo estaría en la Misión para disponerse próximamente á recibir el santo Bautismo y bendición nupcial en la Misa del domingo. En cumplimiento de su promesa llegó á este «Monte de María» con un día de anticipación, salvando la distancia á pie y en medio de las obscuridades de la noche, para obrar con más libertad y expedición. Antes de su espiritual regeneración llamó á dos calificados indígenas por testigos de su noble y santa resolución y de cómo, en cumplimiento de lo que Dios prescribe en su divina ley, dejaba nueve

mujeres de las diez que tenía, ofreciéndolas por esposas á otros tantos jóvenes cristianos, con la única condición de que contribuyeran con ciertos tributos á sostenerlas en el rango debido á la calidad de su persona. ¡Qué ejemplo tan brillante y heroico para los de su tribu y para las demás tribus circunvecinas!

Hemos reedificado la casita é iglesia de Uloba, que se hallaba en completa ruína. Confiamos que dicha estación ha de llenar en adelante mejor su objeto, si se atiende á los buenos sentimientos en favor de la causa católica que animan al convertido jefe, á la saludable reacción religiosa que se ha obrado en los cristianos ya existentes, y á la buena disposición en que se hallan muchos infieles para ingresar en el gremio de la Iglesia católica.

El pueblo pamúe, próximo á la Misión, que no ha mucho era en su mayor parte infiel, hoy la mayoría de sus habitantes son cristianos; esperando los restantes, que con el jefe al frente acuden á las instrucciones, participar de la misma dicha muy en breve, y vencer los obstáculos que se pongan de por medio. En dicho pueblo se reza el Rosario en pamúe, y se enseñan unos á otros las principales oraciones y preguntas del Catecismo.

Un dato más del cariño maternal del Corazón de nuestra Inmaculada Madre en favor nuestro. En la primera quincena del mes de Agosto, consagrado á tan bondadoso Corazón, llegaron á once, si no me engaño, los niños que ingresaron en nuestro Colegio, donde reciben la educación é instrucción para ser buenos cristianos y útiles á la sociedad.

En fin, amado Padre, grato me es decirlo; parece que la mies de las almas se ostenta cada vez más sazónada y abundante, y en todas estas tribus se ven buenas disposiciones para abrazar la santa fe católica. Dígnese el Señor continuar y terminar su obra haciendo que la luz del Evangelio penetre en los corazones de todos los infieles y sean agregados á su Santa Iglesia.

TIERRA DEL FUEGO

*Misión de San Rafael en la isla Dawson.—Notables adelantos.
—Ocupaciones de los indios*

Desde Puntarenas escribe el prefecto apostólico Ilmo. José Fagnano:

VISITÉ en San Rafael las clases de las niñas que están á cargo de las Hijas de María Auxiliadora, quienes dan la instrucción á cuarenta niñas internadas, todas indígenas. La R. H. sor Antonieta Tapparello me las presentó muy aseadas, y divididas en tres secciones, según el progreso y la capacidad de cada una.

Híceles varias preguntas de aritmética, historia sagrada y Catecismo, y á todas contestaron muy bien; también quedé muy satisfecho con el rezo de las oraciones, pues vi con placer que hay unas quince alumnas muy bien instruidas para recibir los santos sacramentos de la Confesión y Comunión. Con la R. M. visitadora sor Angela Vallese y la R. M. directora sor Catalina Pelissetti, examinamos los trabajos de costura,

zurecido, bordado y tejido, encontrándolos muy adelantados.

Tienen las Hermanas otra sección de mujeres y niñas adultas, que acuden cada día al taller después de concluidos sus quehaceres domésticos, y las pudimos ver hilar, hacer media, cobertores y mantas: este taller carece de muchos útiles, razón para la que son todavía pocos los trabajos que pueden hacerse: en todos, sin embargo, reina el orden más perfecto, mucha limpieza y relativa perfección en los trabajos.

En el taller de costura vi á las mujeres coser la ropa de sus maridos é hijos, pudiendo atestiguar el empeño de las madres en tener bien arreglada la ropa de su familia. Nada digo del lavadero, porque todas, mujeres y niñas, se ejercitan en este trabajo, y van saliendo muy aprovechadas. La R. H. sor Juana Valgimigli, que está encargada de esta sección, obtiene gran resultado en la instrucción y educación de dichas mujeres. Mientras todas trabajan en torno de una gran hoguera y ven jugar á sus hijitos, aprenden lo más esencial del Catecismo, algunas nociones de economía doméstica y el canto de alabanzas que por la noche repiten en sus casas.

¡Cuánto bien hace esta Hermana! Ella visita las casas de los indios, cuida de que todo esté aseado, de que las mujeres tengan preparada á tiempo la comida y lista la ropa para mudarse, y en una palabra, de todo lo que debe hacer una madre de familia. Todas reciben á la Hermana como á un ángel de paz, y es muy conmovedor ver á las madres de familia acudir á ella en todas sus necesidades y hasta recibir con gusto las reprensiones de la H. Juana, como la llaman.

Pasamos luego á las clases de los niños que en número de cincuenta están bajo la dirección del P. Antonino Grosso y del H. Luís Camino; en las secciones de mayores y niños respectivamente. Los primeros dieron pruebas de lectura, escritura, aritmética, geografía, historia sagrada, Catecismo y música; y los segundos, de lectura, escritura, aritmética, Catecismo y canto.

A más de la clase se ocupan los niños durante el día en varios trabajos, como ordeñar á las vacas, partir leña para el uso de casa, guiar los bueyes cuando traen leña del bosque, y otros quehaceres de la Misión.

De los niños educados ya y que han formado familias, tenemos marineros, que tripulan la goleta *Maria Auxiliadora*, vaqueros, carreteros, pastores, etc.

Ahora estamos montando una gran máquina para aserrar madera, y ya tenemos un fogonero y aprendices mecánicos para atender á esos trabajos. Los Hermanos coadjutores Mottar, Colombo, Dalmazzo y Bergia cuidan de enseñar á los indios el uso y manejo de las sierras. El H. Sickora con unos veinte hombres se dedica á talar los bosques para abrir caminos. ¡Qué grande satisfacción se experimenta cuando al caer de la tarde se ve á los hombres alegres y satisfechos bajar del monte, trayendo al hombro el hacha y grandes trozos de leña seca! Aquí debo notar un hecho, y es que antes los hombres obligaban á la mujer á que trajera la leña, y ahora que se van civilizando ayuda mucho el hombre á la mujer. Me acerqué á un indio llamado Miguel, y preguntándole que por qué llevaba tanta carga, me contestó:

—*Fo hombre trabajar para mujer; no soy más indio.*

Contestación que me consoló mucho, pues así empiezan á respetar la familia.

Viniendo del monte, pasan bajo un cobertizo muy espacioso llamado *Galpón*, donde los HH. Asvini y Tarabale tienen preparada una gran fogata, y allá enjugan su ropa; después les dan una buena taza de té caliente y galleta como merienda, dirigiéndose en seguida á sus casas, donde la mujer les tiene ya preparada la cena. En las largas noches de invierno, después de la merienda, se retiran los hombres á las clases, divididos en pequeñas secciones, y aprenden la doctrina cristiana que les explican los Hermanos, quienes hacen con gusto este trabajo contándoles hechos edificantes.

Esta Misión empieza á consolarnos con la marcha que adquiere su desarrollo, pues presenta el aspecto de un verdadero pueblo, con sus calles rectas, sus casas, colegios, hospital, iglesia, muelle, y sus trescientos cincuenta habitantes. Mas si por un lado nos consuela, por otro nos pone en apuros para alimentar y vestir á tanta gente, ocupándolos en algo para sacarlos de la vida ociosa y haciéndolos capaces, con el tiempo, de trabajar para sí mismos. Desgraciadamente el clima de esta región no permite sembrar trigo ni maíz, que serían de grande alivio, y sólo produce hortalizas y pastos para los animales. Sería necesario tener un capital en ganado lanar y vacuno, pues así se proporcionaría trabajo á tanta gente, y con los productos de las reses se podría mantener á los indios y pagar todos los gastos.

Los indios educados como pastores de vacas y ovejas llevarían una vida más adaptada á su constitución física, entregarían á sus hijos para que les educasen en la Misión, y llegarían muy pronto á vivir de su propio trabajo.

Mientras tanto siento mucho tener que gravar cada mes á nuestro amadísimo y Rmo. P. Rúa, con letras á su cuenta á fin de cubrir las necesidades más apremiantes de la Misión, y temo, si la divina Providencia no viene en nuestro socorro, que habrá que despedir á los indios, por carecer del diario sustento.

Confío en que mediante la caridad de nuestros beneméritos cooperadores no sucederá tal cosa, y así podremos contar pronto con un nuevo pueblo en el territorio de Chile, fundado y desarrollado por los Salesianos con el apoyo de sus cooperadores.

TAMONTACA (Filipinas)

Las inundaciones del río Pulangui.—Conveniencia de una nueva Misión

El R. P. Jacinto Juanmartí, S. J., escribe al R. P. Juan Ricart:

MI estimado Padre Superior: Con el refuerzo que nos mandó V. R. al enviarnos el P. Estrada hemos podido hacer algunas salidas, sin dejar desatendidos ni los colegios ni los vecinos de Tamontaca. La primera salida la hizo el P. Bennisar á mediados del mes pasado por la costa del mar, llegando hasta Lebach, cuyos resultados le referirá él mismo.

Voy á referirle la segunda salida, que fué la que hice yo la víspera de Todos los Santos. En este día tuve el gusto de celebrar la Misa y hacer una breve plática á toda la guarnición y á los ingenieros y disciplinarios que trabajaban en Tinumcup, llamado hoy Reina Regente. Llegamos allá de noche, y no es decible lo variado que está aquello con las avenidas tan grandes que ha traído el río Pulangui todo este año. Todo aquello, hasta el pie de la colina donde se ha construído el fuerte, era una inmensa laguna; y así nos costó mucho poder desembarcar y llegar á tierra firme.

El nuevo fuerte está ya casi concluído, y sólo le faltan las murallas que se están haciendo. Presenta éste un golpe de vista preciosísimo, y los moros quedan extáticos al contemplarlo. El salón ó sala de la tropa es muy espaciosa, lo mismo son los pabellones de los oficiales y enfermería. Está todo muy ventilado y bien construído, y tiene una vista por todos lados hermosísima. Pero dejemos á Tinumcup y vamos á Piquit, á donde llegamos el día de Todos los Santos. Allí celebré el día de las ánimas é hice una breve plática con mucho consuelo de toda aquella gente. El agua cubría también la calzada que va del embarcadero á la colina de Piquit. Aquí me despedí de la lancha de vapor y me trasladé á mi vinta, que aquélla trajo á remolque con el objeto de visitar las rancherías moras.

Al quedarme en la vinta y dirigirme á visitar á los moros me pasó lo de las aves del arca que despachó Noé, que no hallaron donde poner el pie, y así no pude ir á sus casas. Venían ellos á la vinta con agua hasta la cintura. El dato Namli vino así que vió parar la vinta junto á su ranchería, y tenía ganas de hablar despacio para contarme sus cuitas. Todos los moros se arrimaban con gusto, y se veían estampadas la miseria y las aficciones en sus semblantes. Los más ancianos de entre ellos nunca habían visto tanta agua. Por dos, tres y cuatro veces habían probado á sembrar palay, pero llegaba luego una nueva avenida y se les perdía todo.

¿Se acuerda V. R. de lo altas que estaban las laderas del río sobre el nivel de éste en muchos puntos? pues ahora todo estaba sumido dentro del agua. Y en algunos puntos salían de ambos lados del Pulangui como ríos caudalosos que inundaban todas aquellas dilatadas llanuras. Allí no se veía más que agua, ni se oía más que el ruido de ésta en algunas como cascadas y corrientes que se esparcían por todos lados. Me fuí á pasar la noche junto á la ranchería del Radjamuda, por supuesto dentro de la vinta la pasé. Llegamos allí temprano, y luego nos rodearon los moros con sus banquitas, y desde que llegamos hasta que salimos el día siguiente, sólo nos dejaron el tiempo que los mandé retirar ya de noche para dormir. Pero ¿quién podía dormir, pegado al zacate que flotaba sobre el agua, de donde salían ejércitos numerosos de mosquitos? Por fortuna los conozco y me conocen hace tiempo, porque á no ser así habríamos reñido un fuerte combate. Hasta los animales andaban perdidos, pues los pobres venados y jabalíes no sabían donde reposar. Nada menos que nueve jabalíes nos ofrecieron luego que llegamos á Talitay, que los acababan de cazar, y tuvieron que echarlos al agua porque no hay quien los coma. Mis grumetes se aprovecharon bien, pero con una parte de uno tuvieron bastante.

Me fui el otro día con el ánimo de visitar al sultán de Barunguis, que es amigo nuestro y vive ahora en el sitio de Masurut, detrás de las colinas del Cabacan, pero no pudimos llegar por causa de las batangas de vinta que no cabían dentro del estero. Seguí para Timuncup, donde me esperaba el comandante del regimiento núm. 71, Sr. Vizcaíno, para irnos á dormir á Tumbao. Aquí celebré otro día que era domingo, y prediqué con asistencia de toda la guarnición, siguiendo luego para Tabiran y Tamontaca.

Con lo que llevo dicho puede V. R. juzgar cuál será la situación de todos aquellos habitantes en estas circunstancias; pues aunque bajen las aguas y den lugar á sembrar sus tierras, ¿cuánto tiempo ha de pasar para

de Matincauanan. Desde Bohayan á Tumbao y Taviran no es tanto, pero también se les perdió la cosecha, y han ido á buscar las alturas, sobre todo en Taviran, para sembrar. Lo restante del río ha estado también todo este año muy sobrado de agua en las llanuras y sementeras de ambos lados y de ambos brazos, y con esto los campos sembrados se han anegado demasiado, y ha resultado el palay enfermizo, raquítrico y con muy poca espiga. Ya ha visto V. R. las dilatadas llanuras que se despliegan por ambas orillas del río, que hay sitios que se extienden á más de veinte leguas por ambos lados, y todas según dicen están inundadas, y los miles y miles de moros que las pueblan, sumidos en la miseria y amenazados de morir de hambre.



Congo. — Avenida de palmeras en Landana. (Pág. 79)

que tengan que comer? El señor Gobernador de Cottabato, penetrado bien de la situación angustiosa de aquellos vecinos, me dijo que pedía autorización al excelentísimo Gobernador general para comprar y enviarles dos mil cavanos de palay; y de pronto ya tiene concertados dos ó trescientos cavanos para írselos enviando. Lo malo es que en toda esta cuenca del Pulangui, si no se ha perdido la cosecha como allá arriba, ha quedado muy mal parada, y no han de coger estos naturales palay para el gasto, y á nosotros nos pasa lo mismo. Así y todo pienso destinar al socorro de ellos todo lo que nos den de infieles, quitado lo que sea indispensable para la manutención de estos establecimientos.

Comprende el terreno inundado más de veinte leguas de curso, ó sea lo que va desde Bohayan hasta cerca

¡Qué buena coyuntura ésta para ver qué sitios sean más buenos para formar poblaciones! Pues lo que no se inundó ahora no se ha de inundar jamás. Desde la muralla de Piquit me estuve entreteniéndome en ver aquellas llanuras, y con los gemelos se veía lo que sobresalía del agua. Y entre lo que vi y lo que me dijo un pandita que tenía recorridos todos aquellos llanos, saqué en limpio que desde la colina de Cabacungan que toca con Piquit corre una zona de tierra alta, parte bosque y parte ya talada, á donde no alcanzan las inundaciones, y llega hasta frente de Tinuncup. Por el lado de esta zona corre el río llamado Palion-pulangui, que es navegable para bancas, pero no sé hasta dónde llega. Una Misión nuestra puesta entre estos dos fuertes, y á distancia proporcionada que ni estuviese dema-

siado cerca de los soldados ni tan lejos que no alcanzase su sombra para defenderla de los moros en caso de necesidad, creo que daría buen resultado. Pues se me figura que por aquella cordillera vendría después á comunicarse con las Misiones de los manobos, y por de pronto estaría en el centro de la morisma que se muestra más afecta y menos reacia hacia los cristianos.

Crea, Padre, que ya estoy deseando ir ó que se vaya allá arriba, y los moros no cesan de pedirlo. El Radjamuda me dijo: «Os voy á hacer casa aquí para que vengáis así que bajen las aguas.» Allá convendría estar interinamente mientras se estudia el punto que más convenga. Los comandantes tanto de Tumbao como de Tinumcup y Piquit, y lo mismo diría el de Cudaragan, todos desean que estuviésemos por allá arriba, para que les fuésemos á decir Misa algunas veces, y ganarían mucho los soldados. ¡Qué buena ocasión esta del hambre para irnos á vivir entre ellos, llevando algunas provisiones para socorrerlos!

OCEANÍA

Las Misiones de Formosa (continuación)

PARECÍA natural que hiciéramos ahora una descripción de isla Hermosa bajo el triple punto de vista político, militar y mercantil, tanto más útil cuanto que por una parte las naciones europeas tienden hoy sus miradas hacia los mares de Oriente, y tres de las más potentes, Inglaterra, Francia y Rusia, con más los Estados Unidos, se disputan la influencia, y la Formosa por otra parte está llamada á recuperar la importancia que perdiera hace dos siglos. Pero francamente desistimos del intento, porque las relaciones extensas y detalladas, que se encuentran en las crónicas, no nos inspiran confianza; no porque dudemos de su veracidad y exactitud relativamente al tiempo en que fueron publicadas, sino porque en los siglos que han pasado, la Formosa ha sufrido profundas revoluciones, y el olvido á que ha estado relegada durante doscientos años, hace que carezcamos de noticias recientes, con que podamos comparar las que nos legaron nuestros sesudos mayores. Nos parece que el cronista debe tener en esta, como en otras muchas cosas, una gran dosis de prudencia y sobriedad: por no observar esta regla, son inexactas las relaciones de los viajeros modernos que han escrito de estas islas, porque faltándoles tiempo y experiencia para escribir con conocimiento del país, copian sin discernimiento, y venden como existente lo que fué verdad en el siglo XVII. Salvemos, pues, este escollo, y anudemos la relación interrumpida.

«El sendero que tomaron era inseguro y peligroso, y fué preciso buscar otro de más fondo y á cubierto de los vientos. El muy celoso y emprendedor P. Martínez, dice la Memoria elevada á S. M. por el Sr. Cucullo, nuestro cónsul en Emuy, tomó á su cargo el buscar el puerto deseado, y al efecto, acompañado del piloto mayor D. Pedro Martínez de Garay y algunos soldados, fué rondando la costa hacia la punta N. unas veinte millas de la ensenada, descubriendo una pequeña isla

de poco más de una legua de circunferencia, con un puerto bastante capaz y abrigado al que denominaron la Santísima Trinidad.» Allí se trasladaron los buques, misioneros y soldados: se tomó posesión de la tierra á nombre del Rey de España, se construyeron dos pequeñas fortalezas, se dió principio á lo que después se llamó ciudad de San Salvador, y se hicieron una modesta casa capilla con la advocación de Todos los Santos, que fueron aceptadas por los Reverendos Padres Dominicos en el Capítulo celebrado en 1627, dando así principio á la civilización y conversión de las tribus feroces y antropófagas que poblaban á Formosa.

«Con estar aquel puerto, añade el dicho Sr. Aduarte (1), menos de veinte leguas de la costa de China, aun se le hacía lejos al P..., y procuró que se tomase otro en la misma isla Hermosa, que sólo dista de allí unas doce leguas, á que también se movió porque los navíos que venían de China allí á San Salvador, algunas veces obligados de los vientos ó corrientes arribaban allá, y los indios desbalijaban y mataban á la gente.» Pero esta vez costó el tomar el puerto una refriega y á la vez una victoria. Los holandeses, que veían de mal ojo la proximidad del español, trataron de impedir el desembarco; pero el esforzado Juan de Alcarazo les dió una severa lección, y la bandera española flotó victoriosa sobre la isla de Tan-Chiui, donde se dió principio á otra nueva población é iglesia dedicada á la Virgen del Rosario. Nuestra dominación quedó afianzada con este golpe, en que murió el general holandés, si bien á los pocos días se convirtió en luto la alegría universal, por haber muerto ahogado con otros el intrépido Padre Martínez, que tanto había trabajado en la realización de ese pensamiento, para la Religión y nuestra patria altamente interesante.

Una vez establecidos los españoles, y á pesar de que á su vista huyeran los indios que en aquellas playas formábanse, comenzó con ardor la grande obra de su reducción y catequismo, en la que si bien al principio sintieron los Religiosos toda la aridez propia de esta clase de conquistas, pronto compensó el Señor abundantemente su celoso apostolado. «La labor que se hacía, multiplicaba el Señor como obra propia suya y la prosperaba en todo, y los bárbaros que con vidas de salvajes habían vivido sorbiéndose la sangre de sus vecinos y comiéndose las carnes de sus contrarios, se domesticaron con el trato de los Religiosos, se hicieron mansas ovejas, tanto que humildes y pacíficos traían á sus mujeres é hijos, y los llevaban á la iglesia (2).» «Este fué el primer y gran paso del progreso, hacer hombres de aquellas feroces fieras, y una vez en este estado ya fué fácil sembrar con fruto la semilla de la eterna salvación. Dióse principio á bautizar, siendo las primicias tiernos niños y delicadas criaturas que, lavadas en la fuente del Bautismo, muchos de ellos fueron á gozar de la po-

(1) Parte 1.^a, lib. 2.^o, capítulo 37.

(2) Cap. 29, añadiendo en el 33: «Han comenzado ya á desmontar aquel gentilismo que en materia de costumbres era una selva cerrada, poblada de solas bestias fieras, en quien nunca jamás había habido ni aún principio de policía humana, y hanlos ido domesticando los Religiosos de manera que los que alcanzan nuestro trato, están ya tan otros que se anda un Religioso solo entre ellos, no pudiendo pocos años antes entrar hombres de otra nación en su tierra que no le bebiesen su sangre como lobos carniceros.»

sesión á que se adquiere derecho por las aguas de tan santo Jordan... Los de más edad se fueron disponiendo, y lo que era isla Formosa en el nombre, y cambroñera y espinos en los hechos, comenzó á ser hermosa también en las obras, y cada día, escribía muy al principio el citado historiador, con el riesgo y ejemplo santo de los Religiosos se va poniendo más hermosa y lozana á los ojos de Dios...» Pero tampoco faltó á la Misión de Formosa lo que generalmente ha sucedido siempre, desde la fundación del Cristianismo. También hubo allí contradicciones por parte del enemigo, dueño absoluto durante tantos siglos de aquellas playas inhospitalarias, y el P. Fr. Francisco de Santo Domingo en 27 de Enero de 1633, y el P. Luis Muro en Marzo de 1636, las regaron con su sangre, siendo blanco de las flechas de los mismos á cuya salvación estaban dedicados con ardor infatigable.

Sin embargo, los cristianos de Formosa, á pesar de tan prósperos principios, estaban condenados á morir tan pronto como dejase de protegerla con su benéfica sombra la bandera de Castilla, y ésta debía ser muy pronto sustituida por la holandesa, con pérdida ya de la antigua reputación (1) que habían conservado siempre las armas españolas, no sentando el pie en parte que no supiesen defender hasta entonces, cuando para las banderas de nuestra santa fe, tenía allí una escala importantísima y plaza de toda consecuencia para meter sus apostólicos ministros en China, Japón y otros reinos.

Varias veces, en efecto, habían intentado los holandeses arrojarnos de la isla: en 1629 no pudieron impedir que tomásemos á Tan-Chui, y en el combate quedó muerto su esforzado general: en 1641 embistieron la fortaleza de Santiago, pero fueron valerosamente rechazados, mas volviendo mejor armados al siguiente, y no encontrando ya las tres cuartas partes de sus bravos defensores, se desquitaron con los fuertes, poblaciones, misioneros y soldados. «Lo que más debe lastimarnos es, dice el P. Cruz (2), que habiendo dieciséis años que con tanta reputación poseían nuestras armas la mejor parte de isla Hermosa, dió orden el Sr. Corcuera (para estas guerras de Mindanao Joló) que de cuatro compañías de milicia que tenían de guarnición se retirasen á Manila las tres, dejando una sola de niños y baldados al inmediato gobierno del cabo gobernador... lo cual sabido por el holandés, que sentaba en la otra punta de la isla llamada Taiguan, nos acometió una vez, y armándose mejor al siguiente año de 1642, nos cercó y rindió, con el descrédito que se deja entender, aunque las condiciones fueron honoríficas después de siete días de valerosa resistencia.

Sucedió la rendición el día de San Bartolomé de 1642, y juntamente con los españoles fueron hechos prisioneros cinco Religiosos y un donado Dominicó, y el Religioso franciscano, guardián del convento que tenía esta Orden en la Ciudad de San Salvador, y todos fueron conducidos á Sumatra, si bien fueron con el tiempo remitidos á Manila. Se perdieron los caudales del Erario, de particulares y Misiones, muchos efectos mercantiles, provisiones de boca y guerra, y un sitio

muy ventajoso á las navegaciones de América, Japón y China: perdióse una florida cristiandad (1). Mucho padeció el pundonor de la nación en esta pérdida, cuya recuperación se concibió con empeño desesperado (2). No lo fué para el célebre Kuesing, que desalojó á los holandeses en 1660, y desde entonces Formosa ha formado parte del imperio chino (3).

(Se concluirá).

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Creencias de los indígenas

II.—EL HOMBRE

Origen del hombre

SEGÚN unos, Dios creó primero hombres negros; pero, como *fabricando fit faber* creó luego los blancos.

Otros dicen que todos los hombres criados por Dios eran negros, más habiendo éstos querido recorrer la tierra, dieron con un río, y los primeros que se sumergieron en él para atravesarlo salieron blancos. Los últimos en llegar sólo hallaron un hilo de agua apenas suficiente para mojar la planta de los pies y permitirles apagar su sed recogiendo algunas gotas en el hueco de la mano. Estos quedaron negros: sólo la planta de los pies y la palma de las manos se les blanquearon un poco.

(1) «Y lo que es más de llorar los queridos hijos de aquellos naturales que han salido muy buenos cristianos. En cuya vida gastamos dieciséis años de penosas tareas, que fué el tiempo que tuvieron allí sus estandartes las católicas armas de España, donde se redujeron al Señor innumerables gentes, que con tanto sudor sanguíneo de nuestros Religiosos había sacado al Señor conocimiento de su luz evangélica con indecible solicitud y desvelo... (P. Sta. Cruz, lib. 1.º, cap. 15.)»

(2) P. Juan de la Concepción. *Historia general de Filipinas*, tom. 6, part. 6, cap. 3, n.º 2.

(3) Entre los grandes proyectos que llegaron á plantearse en Formosa, no fué el menor el que describe el Ilmo. Sr. Aduarte, part. 1.ª, lib. 2.º, cap. 46, con estas palabras: «Se comunicaron al buen caballero D. Juan de Alcarazo y á N. P. Esquivel, con el tiempo glorioso mártir del Japón, y resolvieron en que fuese allí en aquella misma Misión y que fuese una Hermandad de la Santa Misericordia, para lo cual dió luego D. Juan cuatro mil pesos y el P. Fr. Jacinto dos mil que había llevado de limosna que le dieron unos y otros en Manila, que repartiase en obras pías en aquella nueva conversión, y con estos seis mil pesos se dió principio á aquella Santa Hermandad, señalando por perpetuo hermano mayor de ella al que fuese cabo capitán general de toda aquella gente. Nombráronse diputados los más honrados de la isla con facultad ellos de nombrar sucesores cuando acabasen su año, interviniendo en todo, el que fuese prelado de nuestro convento en el cual se asentó esta Santa Hermandad, y en él pusieron una caja con tres llaves para el depósito de ella, de las cuales se dió la una al cabo y hermano mayor, otra al Prelado del convento y la tercera á uno de los diputados. Hiciéronse sus Estatutos y Ordenaciones, jurados, se enviaron á confirmar del Arzobispo de Manila á quien aquella isla en lo espiritual pertenece, y alcanzada esta confirmación, quedó la Hermandad perfecta y acabada, y ha sido de mucho bien para aquella tierra, y se espera que lo será mucho más, especialmente si se llega á debida ejecución un Seminario que se manda en los dichos Estatutos hacer de niños hábiles chinos y japoneses y de otras naciones de estas tierras, para que bien enseñados en las cosas de nuestra fe (los que fueren capaces de ello), en latinidad, buenas artes y teología, puedan ser de provecho para la conversión de sus reinos, que tanta necesidad tienen de buenos predicadores del Evangelio. Para todo lo cual es muy á propósito la isla Hermosa, y por estar tan vecina á la gran China y en tan poca distancia del Japón.»

(1) P. Baltasar de Sta. Cruz, 2.ª parte de la historia del Santísimo Rosario, libro 1.º, cap. 15.

(2) P. Sta. Cruz, lib. 1.º, cap. 2.º

Del alma.—Su existencia.—Su naturaleza y destino

Todos los indígenas creen en la existencia del alma, *miogno*. Como en hebreo y en latín, la misma palabra quiere decir la vida de la que el alma es principio.

Casi todos creen que el alma es una substancia espiritual y que sobrevive al cuerpo, pero sus opiniones concuerdan poco acerca de su destino.

Unos elevan las almas de su familia á la categoría de sus deidades tutelares; otros suponen que habitan en el interior de nuestro globo; algunos les dedican bajo el techo de sus viviendas un lugarcito, ante el cual nunca dejan de ofrecer las primicias de sus alimentos; otros, por último, y ésta es la opinión más extendida, creen que el alma separada del cuerpo huye de las poblaciones y revolotea por los aires sobre las selvas de la manera que place á la Divinidad: así es que los cementerios están situados en los lindes de los bosques, para que las almas puedan mas fácilmente descansar á la sombra de los grandes árboles.

Del cuerpo — Honores que se le tributan después de la muerte. — Momificación.—Funerales.—Luto.

La creencia de los negros en la inmortalidad del alma y la incertidumbre en que están acerca su estado después de separada del cuerpo les inspiran profundo respeto por los muertos, y no poco temor á los aparecidos; así consideran una deuda que pagan escrupulo-

ba de morir. En otras se deja más ó menos al arbitrio de cada cual; el consumo de pólvora es proporcionado á la calidad y fortuna del difunto.

Dada la señal, parientes y amigos acuden en masa y manifiestan ruidosamente su dolor: gimen por las vicisitudes de la vida, lanzan imprecaciones contra la muerte, maldicen la crueldad de los espíritus malos, y llenan los ecos de los bosques y las montañas con acentos desgarradores.

Luego traen botellas de aguardiente ó calabazas de vino de palma y redoblan el llanto y los gritos.

Organízanse danzas en torno de la choza mortuoria, y óyense cantos improvisados en honor del difunto, como los *vócerati* de Córcega; pero no siempre se dirigen elogios al muerto: refiérese su infancia, su adolescencia, sus luchas, sus viajes, sus partidas de caza, sus virtudes, sus fechorías, sus robos y sus liberalidades.

La multitud exclama invariablemente:

¡Oh padre mio! ¡está muerto!
¡Oh madre! ¿quién le mató?

Y los que se hallan en el interior de la choza, junto al cadáver, repiten á su vez:

¡Oh padre mio! ¡está muerto!
¡Oh madre! ¿quién le mató?

Mientras continúan los cantos se da la última mano al tocado del difunto: aféitanle la cabeza, y le limpian las uñas de manos y pies. Así lo quiere la costumbre, y



CONGO.—Sepulcro de un príncipe de Landana, conteniendo las uñas y un mechón de pelo de S. A. R.

samente el tributar solemnes funerales á sus parientes y amigos.

Tan pronto el enfermo ha dado el postrer suspiro, repetidas descargas de fusil anuncian este acontecimiento. En ciertas tribus el número de tiros está reglamentado según es hombre, mujer ó niño quien aca-

sería gran vergüenza para un pueblo enterrar á alguien sin estas formalidades.

Lavan el cadáver con agua á chorro, vacian sus entrañas, y luego, por medio de un fuego continuo, pero ligero, que ponen debajo y que despidе espeso humo, empiezan á secarle como un pergamino.

Cuando está suficientemente ahumado, le embaduran de tierra roja, y lo exponen algunos días á la intemperie, cuidando una ó dos personas de ahuyentar las moscas.

Una vez completamente seco, envuelven el cadáver con gran cantidad de tela: júzgase de la riqueza de los herederos por la calidad de la tela, y de su cariño ha-

Llegados al lugar de la sepultura, bajan el ataúd á una huesa de unos cinco metros de profundidad, excavada en forma de pozo, junto con los objetos preciosos que pertenecieron al difunto, sus alhajas favoritas, algunas piezas de coral ó plata: luego echan tierra encima, dejando algunas piedras para indicar el lugar de la sepultura (1).



ISLA DE LOS PINOS.—Restos de la fortaleza y de la antigua habitación de los jefes en Gadji. (Pág. 86)

cia el difunto por el volumen del envoltorio. Cadáver hay de gran jefe que mide hasta ocho y nueve metros de circunferencia.

Vestida así la momia, la exponen en una choza especial, en la que permanece más ó menos tiempo según la categoría del difunto. La exposición menos prolongada es de varios días, con frecuencia dura un año, y á veces más: el rey del Kakongo, fallecido en 1874, no fué enterrado hasta 1881, al morir su sucesor.

Durante el año de la exposición del cuerpo, los parientes, los amigos y sobre todo las mujeres del muerto se reúnen regularmente todas las tardes para llorar, cantar y bailar al rededor de la choza fúnebre.

La víspera del entierro encierran el cadáver en una caja grande, con las telas que lo envuelven.

El día siguiente, reunidos todos los parientes y amigos colocan el ataúd en una especie de carrito fúnebre, arrastrado por varios hombres. Todo el camino hacen disparos de fusil, menudean las libaciones, bailan, tocan instrumentos, gritan, lloran y cantan á porfía el estribillo:

¡Oh padre mío! ¿está muerto!
¡Oh madre! ¿quién le mató?

Algunas veces con el difunto sepultan vivas á sus mujeres: así en 1881, cuando la inhumación del rey del Kakongo, varias de sus esposas fueron enterradas vivas para que le preparasen alimentos y cuidasen de sus cultivos en el país de ultratumba (2).

Después de esta lúgubre ceremonia depositanse sobre la huesa, á guisa de monumento, fusiles viejos, sillas horadadas, platos rotos, restos de cántaros y vasijas, botellas hendidas y paraguas rasgados, para significar, dicen los indígenas, que el difunto no puede ya servirse de estos objetos.

Depositanse igualmente dientes de animales y otras menudencias favoritas del difunto, que fueron en otro tiempo instrumentos de su superstición.

Con frecuencia ponen también sobre la tumba vino de palma y algunos manjares.

En ciertas comarcas los negros, por temor á los aparecidos, inmediatamente después del fallecimiento cambian de lugar la choza mortuoria. En otras ya no la

(1) La ruta de las caravanas que pasa por Malange forma una especie de vía Apia: en sus orillas se ven numerosas tumbas.

(2) Esta costumbre subsiste todavía en las comarcas del interior subtraídas á la influencia europea.

habitan más, y dejan que se arruine. ¡Cosa singular! casi igual costumbre se observa entre los americanos de Yucatán, los caraibos y los indios del Brasil: estos pueblos abandonan su morada después de enterrar en ella sus muertos.

En varias regiones del Congo, cuando muere un individuo, sus esclavos, parientes y amigos se afeitan enteramente la cabellera, y después de frotarse la cabeza y el rostro con aceite, se afean con polvos de diferentes colores: esta es la señal de luto.

En otras tribus, al contrario, el luto consiste en llevar enagüilla de tela, en abstenerse de vino de palma y aguardiente, en dejarse crecer las uñas, la barba y los cabellos y en no lavarse.

En todas partes el luto cesa el día de los funerales.

Idea de los negros tocante á la muerte.—El doki y la prueba de la kassa

El salvaje nunca atribuye la muerte á una causa natural. Ha visto producirse la insensibilidad temporal á consecuencia de un golpe de maza, y de ahí deduce que la insensibilidad permanente de la muerte es resultado de una herida hecha por enemigo invisible.

Bajo una ú otra forma hállase por doquiera esta preocupación. Los uapes no pueden convencerse de que naturalmente se pueda morir.

Los fanos están persuadidos de que ningún hombre, por viejo que sea, muere de muerte natural.

Las mismas ideas se hallan entre los hawayanos, los javanes, los australianos, etc.

Los pueblos del Congo no creen en la muerte natural, aunque sea debida á una submersión ó á cualquier otro accidente. Figúranse que quien pierde la vida es víctima de un maleficio ó sortilegio: que han comido su alma, y por lo tanto quieren vengarle castigando á quien haya cometido el crimen.

Mas ¿cómo hallar el culpable? Sólo el *ganga nkissi* puede hacer tan importante descubrimiento.

A cada muerte que ocurre le mandan á buscar: acude en el acto seguido de uno ó varios esclavos, con todas las insignias de su profesión: un tambor, dos calabazas llenas de aguardiente, una rama de árbol y una docena de fetiques infectos.

Vedle en medio del numeroso grupo que acaba de formarse en la plaza de la aldea. Aparece grotescamente disfrazado; ídolos, garras de panteras, polvos maravillosos; su tocado está completo. Agítase y ejecuta pantomimas á cual más extravagante. Por fin el espíritu le revela quién comió el alma del difunto: el *ganga* lo designa con sangre fría imperturbable.

Al individuo á quien acusa se le presume culpable: para justificarse debe sufrir una prueba que consiste en tomar un veneno violento compuesto con la corteza del árbol *kassa* (1). Administrado en pequeña cantidad, este veneno obra casi instantáneamente; tomado en gran dosis excita la mucosa y provoca vómitos abundantes. Compréndese el partido que de esta propiedad saca el fetiquista para dar libre curso á sus venganzas ó satisfacer su codicia.

(1) En idioma científico designase este árbol con el nombre de *erythrophlæum guineense*.

Sientan al acusado en una estera. El *ganga* le administra una ó dos cucharadas del veneno, ó bien le entrega cinco ó seis panecillos de *kassa* que traga en seguida. La multitud aguarda con impaciencia el resultado.

¿El paciente arroja el veneno? es inocente. Al momento sus padres y amigos entonan cantos de júbilo, hacen salvas, le pasean de pueblo en pueblo, y no le escasean las felicitaciones y regalos.

Se preguntará si el *ganga* no experimenta alguna vez la venganza de las personas así falsamente acusadas: á lo que parece, semejante venganza es desconocida. Los negros dicen que en este caso sólo es vituperable el fetique: y que por lo demás nada se le puede hacer al *ganga*, toda vez que aquél le advierte siempre del peligro que le amenaza.

Como es absolutamente preciso saber quien ha comido al difunto, el *ganga nkissi* reitera la operación.

Si el nuevo inculpado no ha sabido sobornar al fetiquista con regalos, está perdido: apenas bebe el veneno cae al suelo, echa espuma, lanza desgarradores gritos y se retuerce entre atroces convulsiones. La multitud no aguarda que haya espirado para precipitarse sobre él con palos y cuchillos, molerle á golpes y reducirle á pedazos. Sus miembros ensangrentados los cuelgan á un árbol, donde son pasto de las aves de presa. Lo más horrible es que los parientes del acusado son los que descargan el primer golpe y lo hacen dando gracias al cielo por haberles desembarazado del monstruo que se atrevió á comer el alma de uno de sus semejantes.

Estos parientes del pretendido culpable tienen que pagar, á título de indemnización, una suma más ó menos fuerte á los parientes de la supuesta víctima. Asimismo deben remunerar al ejecutor de tan altos hechos.

En la muerte de un jefe las pruebas se renuevan varias veces, pues no se le juzga capaz á un hombre solo de haber comido el alma de tan gran personaje: hay muchos culpables, y se les castiga mientras el jefe no está aún enterrado. Cuando murió el rey del Kakongo, en 1881, se hizo sufrir la prueba del veneno á más de quince personas, de las cuales murieron diez: tres esclavos á quienes se acusó de haber comido el alma del rey, fueron crucificados en baobabs.

Los pobres esclavos son casi siempre las víctimas de estas crueldades, porque careciendo de todo, nada pueden dar al hechicero para librarse de sus garras. A veces, sin embargo, también los hombres libres son sacrificados por odio ó porque el *ganga* no se atreve á resistir las órdenes del jefe del pueblo.

Llaman *doki* (ser perverso) al individuo acusado y convencido por la prueba de la *kassa* de haber comido el alma de uno de sus semejantes.

A pesar de la superchería evidente de los *ganga*s, los negros no oponen dificultades en someterse á dicha prueba, porque no teniendo conciencia de haber comido el alma de nadie, creen ingenuamente que saldrán indemnes.

De esta suerte muere doble gente de la que corres-

pondería y hay pocos ancianos, porque el ganga tiene interés en hacer recaer la falta sobre éstos. Pero aquellos que por su posición han podido librarse de tales pruebas, llegan á menudo á una vejez extraordinaria que es difícil precisar.

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

III

Ciudades principales.— Mukden, Ghorin, Tsi-tsi-kar, Ing-tse

POR SU categoría administrativa y por su población la primera de estas grandes ciudades es Mukden, la antigua capital de Mandchuria.

«Distínguese entre todas las ciudades, dice el emperador Kien-long en uno de sus poemas, como el dragón y el tigre entre los animales.» Está situada en medio de campos sumamente fértiles, pero desprovistos de árboles; rodéala un muro de arcilla de unos dieciocho kilómetros, encerrando otra fortificación cuadrangular de tres kilómetros construida de ladrillos y flanqueada de torres, que protege el barrio central más populoso y mercantil de la ciudad. En cada lado de esta muralla hay dos puertas, y anchas calles, enlazando las puertas opuestas, dividen la ciudad interior en nueve barrios. El central es propiedad del Emperador, y en él hay el palacio y las oficinas (*yamen*) del Estado y el salón de exámenes.

Mukden tiene sobre Pekin la ventaja de no presentar el cuadro de una antigua grandeza decaída. Al contrario, le faltan los monumentos, el decorado artístico y el marco de montañas que constituyen la belleza de la ciudad imperial.

En el siglo último los emperadores de China no des-cuidaban ir en peregrinación á Mukden, la ciudad sagrada de su dinastía. En 1804 Kia-king aun cumplió este deber de familia. Mas desde entonces sólo la «santa faz,» esto es, el retrato del emperador, se envía cada diez años á dicha ciudad.

«Cuando este año llegué á Mukden, escribía en 1843 el Ilmo. Verrolles, aguardábase este retrato famoso. Tráelo uno de los príncipes de la sangre en un carro magníficamente adornado, y lo adoran y ofréncenle sacrificios, pues al emperador lo reputan hijo del cielo, y aun antes de su muerte le tributan honores divinos.

«Pero lo que excede á todo lo que pudiera sospechar un europeo, es que para el transporte de este retrato, lo mismo que para el emperador cuando viene en persona, se dispone expresamente desde Pekin hasta el palacio de Mukden, en una longitud de doscientas leguas, una ruta de quince ó dieciocho pies de ancho, practicada en gran parte en medio de la vía pública, más de un pié más alto que el resto del camino, y reservado para el emperador.»

A unos diez kilómetros al Noroeste de Mukden se halla el Tchan-ling ó Pe-ling, el recinto sagrado que contiene las tumbas de los antepasados mandchúes de los emperadores actuales: á través de las ramas de los frondosos árboles vense los techos rojizos de los tem-

plos, pero ningún extranjero, ningún indígena profano puede bajo pena de muerte penetrar en la necrópolis.

A seis ú ocho kilómetros al Noroeste de la ciudad hay otra sepultura de los emperadores mandchúes, el Fu-ling, cuya entrada está defendida por tres recintos.

En el primero hay un gran parque muy frondoso, con árboles magníficos; el segundo contiene la vivienda de los criados de segundo orden para el servicio del templo. Hacia éste se dirigen grandes avenidas, adornadas con animales de piedra, débil imitación de lo que se ve cerca de Pekin en las tumbas de los emperadores Ming. El acceso al tercer recinto está absolutamente prohibido á los extranjeros.

En el centro del país, Ghirin, capital de la provincia del mismo nombre, situada en la orilla izquierda del Sungari, cuenta unos 150,000 mil habitantes: su importancia data solamente de 1673; es toda de madera, tanto las casas como el empedrado, y ocupa considerable extensión.

Las calles son muy animadas, y el comercio activísimo: es un depósito de pieles, de tejidos de algodón y seda, de flores artificiales con que las mujeres de todas clases se adornan la cabeza, de maderas de construcción procedentes de los vecinos bosques, de tabaco cuya cosecha se concentra en el puerto ruso de Possiet, para ser expedido al interior, de patas é hígados de oso para las farmacias, etc.

La capital de la provincia más septentrional es Tsi-tsi-kar, que los chinos llaman Pu-Khwei: compónese de dos ciudades, una de ellas interior, rodeada de una tapia de piedra, encerrando la habitación del gobernador, los tribunales, los cuarteles y algunas familias tártaras.

Todas las casas, á excepción de las pagodas, hállanse cubiertas con paja, estando prohibido techarlas con teja: ofrecen, no obstante, agradable aspecto, y contrastan con las construcciones chinas ordinarias.

La ciudad exterior, ciudad del comercio habitada por los chinos, rodea á la primera, y está cerrada por un simple muro de tierra de siete metros de alto.

No hay fortificaciones, ni torres, ni nada que recuerde la guerra; diríase que Tsi-tsi-kar se siente fuerte en su aislamiento. Edificada sobre dunas de arena que se prolongan algo hacia el Sudoeste y mucho hacia el Este, contendrá 30,000 habitantes. Una sola calle, la grande exterior que se dirige al Mediodía, es muy mercantil, y en ella se tratan todos los negocios.

La población china ofrece una singularidad digna de notarse. Todo chino puede instalarse en Tsi-tsi-kar después de prestar declaración en la oficina de policía; pero le está absolutamente prohibido traer mujeres y niños. De esta suerte la raza china no puede tener hogar, y sólo se compone de vagabundos, que en ninguna parte forman la parte escogida de la sociedad.

A estas tres ciudades principales, capitales de las provincias de Mandchuria, añadiremos Ing-tse, que mu-

chos se obstinan en apellidar Niu-tchuang, confundiéndola con la ciudad de este nombre, distante nueve leguas al Nordeste. Es el primer puerto del Sur abierto á los europeos por los tratados de 1859 y 1860.

Está situada á seis kilómetros del mar y en la orilla de un río accesible á los buques de gran porte.

Durante muchos años fué residencia del Ilmo. Verrolles: de sus 60,000 habitantes, unos 600 son cristianos.

Las Religiosas de la Providencia de Portieux han establecido en ella un hospital y varios asilos, y los misioneros algunas escuelas é iglesias.

Las principales ciudades de la Siberia Oriental son Vladivostok, Khabarovka y Nicolaiewsk.

Vladivostok.—Situada en lo interior de la bahía del mismo nombre, en el mar del Japón, y cerca de las costas de Corea, no ofrece ningún monumento notable, pero es puerto de comercio cada vez más activo, y al mismo tiempo importante puerto militar.

Khabarovka.—En la orilla derecha del Amur, en la confluencia del Ussuri, Khabarovka está edificada sobre tres montañas casi paralelas, que se comunican por calles rectas que siguen las ondulaciones del terreno, sin que se haya procurado atenuarlas.

Los principales monumentos, por no decir los únicos son la catedral y el palacio del gobernador, construido en ladrillos y de buen efecto. (*V. el grabado de la pág. 92*).

En una punta que domina la embocadura del Ussuri,

se levanta en elevadísimo pedestal la estatua del general Muravieff, el verdadero conquistador de este país. (*V. el grabado de la pág. 85*).

Nicolaiewsk.—Esta ciudad, que fundada en 1851 y que desde 1856 es capital de la Primoskaia, se pobló rápidamente; pero las malas condiciones climatológicas, la larga duración (cinco meses) de los hielos en el mar de Okhotsk, los peligros que ofrecen la barra del río y la rada exterior, etc., han sido causa de la actual decadencia de esta ciudad.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

XI

Ilmo. Berneux, cuarto vicario apostólico de Corea (1840-1861)

ENTRE tantos héroes cuya noble figura anima, en estos últimos tiempos, los anales de la Corea cristiana, ninguno aparece más grande que el jefe mismo de esta gloriosa falanje, el Ilmo. Simeón Berneux, obispo de Capse, cuarto vicario apostólico de la Misión de Corea.

Después de once años de penosísimo ministerio en Tunkín y Mandchuria, el P. Berneux recibió de la Santa Sede la orden de dirigirse á Corea con el título de vicario apostólico.

En Sanghai se le reunieron los RR. Alejandro Petincolas y Antonio Pourthié, jóvenes misioneros desti-



ISLA DE LOS PINOS.—Una gruta. (Pág. 87)

nados también á Corea. Prolijo fuera enumerar los trabajos y peligros de todo género que soportaron en su viaje por el mar Amarillo y Corea hasta llegar á la capital. El ardiente celo que les animaba se los hizo valederos, y pronto olvidaron todas sus fatigas.

Grande fué la alegría de los neófitos al ver á su Prelado, y más todavía cuando pudieron admirar de cerca la virtud, el celo y abnegación de su Pastor.

En aquella época Corea no gozaba ciertamente perfecta calma; sin embargo, no se perseguía á los misioneros: el Gobierno parecía dejar dormir por el momento los antiguos edictos de proscripción. La situación era, pues, relativamente buena; pero de vez en cuando alguna alarma venía á recomendar á los misioneros la prudencia. En una de sus visitas pastorales el Ilmo. Berneux debió su salvación á una pronta huida que le puso en lugar seguro.

Estos obstáculos procedentes de la malicia de los hombres, y las grandes fatigas de una administración tan difícil en semejantes circunstancias, en vez de moderar el celo del Prelado parecían excitarlo, y su vida se consumía en trabajos apostólicos. Veamos cómo da cuenta él mismo del empleo del tiempo:

«...Comúnmente se da principio á la Misión á mediados de Septiembre. Es el único tiempo del año en que estos cristianos pueden recibir los Sa-

cramentos y ver al misionero, á quien profesan filial veneración. Cuando los catequistas han determinado las casas donde deben verificarse las reuniones, me dirijo á aquella en que debe inaugurarse la Misión, y donde me aguardan treinta ó cuarenta neófitos.

«Un reducido aposento se convierte en capilla, que no tiene más adorno que una imagen de Jesús crucificado y otra de la Santísima Virgen. El examen del Catecismo, al cual están sometidos desde el anciano octogenario hasta el niño de diez años, una instrucción sobre las disposiciones con que deben recibirse los Sacramentos, luego treinta ó cuarenta confesiones, con los bautismos, me ocupan todo el día y parte de la no-

che. El día siguiente me levanto á la una, á las dos celebro la Misa y doy la Sagrada Comunión, terminando con una instrucción sobre la necesidad y los medios de perseverancia, después de lo cual, antes de apuntar el día voy á otra casa donde los cristianos me aguardan, y allí repito los mismos ejercicios que la víspera.

«Tales son las ocupaciones del misionero en la capital durante cuarenta días. Llega uno á perder la cabeza de fatiga. Más de una vez me ha sucedido caer de sueño en mi aposento, y despertarme el día siguiente

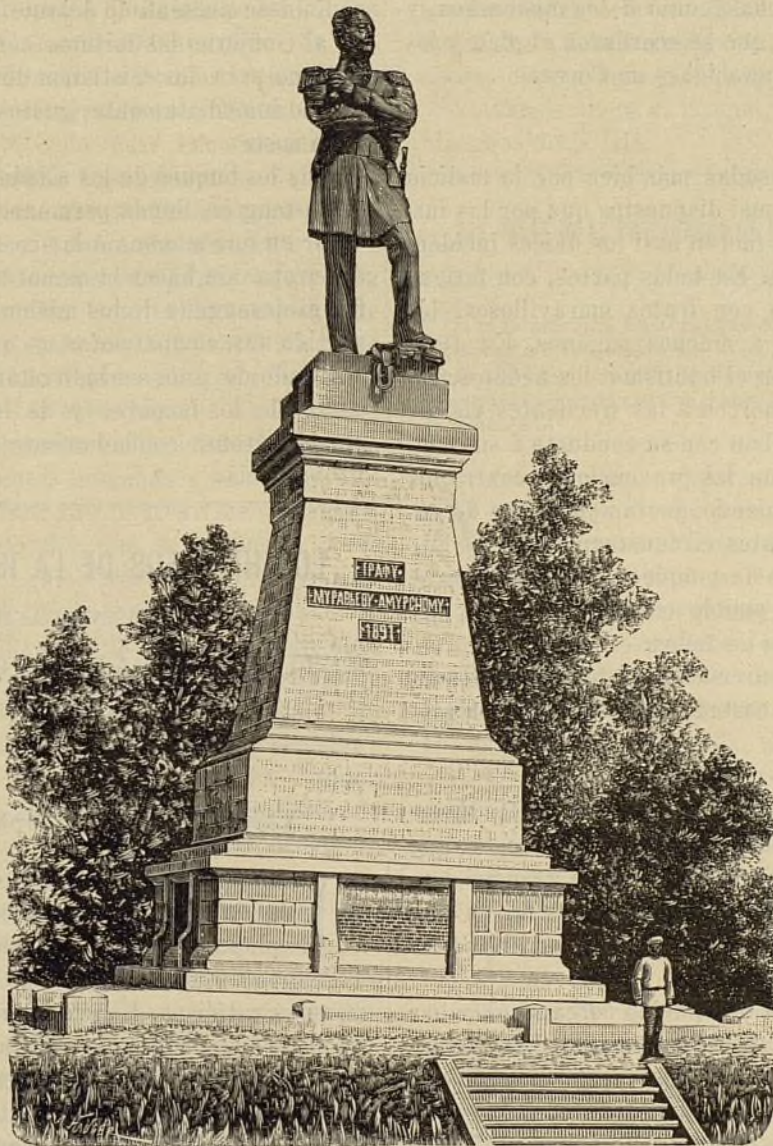
con una media en la mano y la otra todavía puesta.»

En las montañas, donde había mayor libertad, el Ilmo. Berneux la aprovechaba para trabajar con redoblado ardor y celo. Para ir de un pueblo á otro, caminaba á veces cinco ó seis leguas, entre el lodo y la nieve, á pesar de la lluvia y el frío. Considerándose como deudor de todos, á nadie rehusaba su ministerio, y, rendido de cansancio, no dejaba el trabajo hasta terminarlo.

Sin embargo, su salud era muy débil; sufría habitualmente de arenillas; con todo, apenas se cuidaba; vivía con más mortificación que un cartujo; sólo comía algunas hojas de nabo y un poco de arroz, permitiéndose á veces veintidós horas de trabajo al día, y considerando cuatro horas de sueño como grande inmortificación.

Todo lo que le rodeaba era un aliciente para esa alma de fuego: el fervor de sus neófitos, las inmensas necesidades de su Misión, los desastres y las ruínas amontonadas por las persecuciones, todo en vez de abatir su valor no hacía más que exaltar su deseo de la gloria de Dios. Ante esta consideración no conocía obstáculos ni calculaba el peligro, hallaba ligeros los trabajos más penosos, y, queriendo aliviar todas las miserias, se consideraba feliz cuando quería sufrir por Dios.

Hacía apenas un año que se hallaba en Corea, cuando atendidas las necesidades de su Misión, el mal estado de su salud y la incertidumbre de los tiempos, resolvió para prevenir todos los inconvenientes de semejante



SIBERIA ORIENTAL.—Estatua de Muravieff en Khavarovka. (Pág. 84)

situación, usar de los poderes que le había dado la Santa Sede, y elegirse un coadjutor. Este fué el reverendo Daveluy, varón verdaderamente piadoso y lleno de prudencia, á quien su celo y sus virtudes designaban para esta alta dignidad.

La consagración del nuevo elegido se efectuó el 25 de Marzo de 1857, durante la noche, en presencia sólo de algunos cristianos y principales catequistas. El temor de una sorpresa obligó á los misioneros á excluir á los neófitos coreanos de una ceremonia tan conmovedora.

Luego el Ilmo. Berneux reunió á los misioneros, y celebró un sínodo en el que se acordaron el plan y los medios de sus futuras operaciones en Corea.

Algunas alarmas, causadas más bien por la malicia personal de mandarines mal dispuestos que por las instigaciones del Gobierno, fueron casi los únicos incidentes de los años sucesivos. En todas partes, con fatigas excesivas, pero también con frutos maravillosos, los misioneros convirtieron á muchos paganos. En 1859 dos mil adultos recibieron el bautismo: los neófitos, cada vez más instruídos merced á las frecuentes visitas de los misioneros, edificaban con su conducta á sus conciudadanos, de suerte que las prevenciones contra los cristianos iban desapareciendo, y eran ya objeto de general estima. En semejantes circunstancias, si los misioneros hubiesen gozado de completa libertad, no cabe duda que la mayoría del pueblo coreano pronto se hubiera pasado al campo de los fieles.

Todo, por lo demás, parecía favorable para obtener esta libertad que había costado á Corea tantas lágrimas y sangre.

Hacia apenas un año que había muerto el R. Maître, cuando en 1860 se supo en Corea con estupor, que los «diablos de Occidente,» montados en grandes buques, se habían atrevido á ir á China y entrar en Pekin, y que sembraban el terror en las costas del Celeste Imperio.

Grande fué la zozobra del pueblo coreano al saber que el Hijo del Cielo, el supremo emperador de la China, aquel cuya majestad hace temblar la tierra y que nadie puede mirar sin morir de espanto, había sido vencido, humillado hasta el punto de pagar contribuciones de guerra «á los bárbaros de Occidente,» y de abrir ciudades y territorios al comercio. ¡Qué vergüenza! ¡qué humillación! Pero también ¡qué ridículos temores infundió á los coreanos la noticia de esos desastres incomprensibles! El pánico fué tan grande que imaginóse que el Hijo del Cielo no tendría otro recurso que abandonar su reino y refugiarse en el de Corea, desdicha que era necesario prevenir á toda costa, ó que los bárbaros tratarían de invadir la Corea.

Esta pareció agitarse toda al soplo de una pasión guerrera que se manifestó tanto más ruidosa cuanto sólo existía en la superficie. Hiciéronse levadas extraordinarias de hombres á quienes se ejercitó en la guerra; fabricáronse arcos y flechas, lanzas y fusiles de mecha.

Todo esto, sin embargo, no tranquilizaba á nadie. En la corte estaban muy inquietos: los ministros ha-

cían partir á sus mujeres, hijos y tesoros para el interior del país. Mandarines de alta categoría se recomendaban humildemente á la protección de los neófitos para el día en que los cristianos de Europa bajasen á Corea. Otros se procuraron medallas, y libros de Religión y llevaban su celo hasta ponerse públicamente cruces en la cintura, para el día del peligro. Los perseguidores, satélites y verdugos se disculpaban á porfía de toda participación en las persecuciones que se habían visto obligados á hacer contra los cristianos.

Si en aquel momento un buque, una simple chalupa se hubiese presentado delante de Seul, y hubiese exigido al Gobierno las mismas condiciones de paz y libertad que para los cristianos de China, las hubiera concedido inmediatamente, gustoso de salir del paso á tan poca costa.

Mas los buques de los aliados, que desde la punta de Chan-tong en donde permanecieron dos meses, podían venir en una mañana á las costas de Corea, regresaron á Europa sin hacer la menor aparición en ellas. Cruel fué el desengaño de los misioneros al saber que habían partido sus compatriotas, y que para nada se habían acordado de ellos en los tratados con la China. Olvidados de los hombres y de los Gobiernos cristianos, abandonáronse confiadamente en brazos de la amorosa Providencia.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

II

Llegada de los europeos.—Las grutas

DURANTE el gobierno del jefe llamado Kava-Vandegon los ingleses aparecieron en la isla para explotar la madera de sándalo y el ciervo marino. Algo más tarde, en Agosto de 1848, llegaron los misioneros católicos. El jefe les recibió bien; pero se mostró poco dispuesto á abrazar la Religión.

Vandegon, habiendo oído decir que la muerte de su abuelo Touron la causó un sortilegio venido de la isla grande, declaró la guerra á los hombres de Tuauro, y volvió triunfante de la expedición. Pero, temiendo alguna trama contra su persona, parecióle debía fortificar su vivienda, y mandó construir la fortaleza de madera, de la que todavía quedan los restos. (*V. el grabado de la pág. 81*).

Todas las dependencias de esta morada de Gadji están cobijadas por un soberbio lamian, en cuyo tronco hay la puerta de entrada. Compónese de cuatro patios enlazados por un corredor tortuoso. En el primero hay dos cabañas, una para los familiares de la casa, y otra menor para el jefe. Detrás de ésta la tapia ofrece una abertura pequeña, por la cual únicamente aquél tenía derecho de salir en caso de ataque.

El segundo patio estaba destinado á recibir los víveres, que podían guardarse en una choza á propósito en caso necesario. El tercero, limitado por un cobertizo,

era el gineceo. En el cuarto se criaban las jóvenes destinadas al jefe.

En el exterior, á izquierda, había la choza grande para las reuniones, en torno de la cual se efectuaban los bailes. La choza para las recepciones estaba á la derecha.

En 1853 Vandegon cedió á los franceses su país en las circunstancias y con las condiciones que todo el mundo sabe. Poco antes de morir, en 1855, recibió el bautismo, lo mismo que sus dos hijas.

Puede considerarse el centro de la isla de los Pinos como un gran bloque de mineral de hierro, pero la circunferencia, que varia en anchura de uno á cuatro kilómetros, reviste todos los caracteres de las islas madreporicas del Pacífico: á cada paso encuéntranse en ella grutas, grietas y abrigos bajo las rocas.

Algunas de estas grutas son verdaderamente notables: en unas se entra á pie llano, sin obstáculo alguno, en otras hay que subir como en aposento alto, y en otras, por último, es preciso bajar á una especie de cueva profunda, donde apenas hay suficiente luz para guiar los pasos; no faltando algunas en que reina completa obscuridad. Al visitar estos lugares fúnebres experimentase penosa impresión, especialmente cuando se pasa al lado de osamentas humanas y se tienen á la vista cráneos que muestran sus dientes á los visitantes. A la pálida luz de la antorcha, que se extingue y se reaviva en las manos del guía, créese ver ora la sala grande de un castillo arruinado, ora la vasta nave de una iglesia con sus capillas. De la bóveda descienden como lámparas suspendidas, estalactitas de tamaño y forma variados. A derecha é izquierda del suelo se levanta la labor fantástica de las estalagmitas, semejan-do unas el tronco de un árbol con su corteza rugosa, otras el pedestal de una estatua, y otras una mesa de altar, que de cerca se ve no es más que un lecho de cadáveres.

Salgamos un momento de estos lugares oscuros, para gozar nuevamente del aire y de la luz. Este descanso es tanto más conveniente cuando distamos mucho de hallarnos al término de nuestras excursiones por tan fúnebres subterráneos.

Después de visitar rápidamente la zona selvática del país en donde se hallan las grutas, bajemos á la ribera. Allí hallamos gran número de hipogeos, en forma de abrigos bajo las rocas. Es el trabajo de la erosión lenta pero continua de las olas.

Bajemos á esta playa madreporica dejada en seco por la marea, y hallaremos á trechos gargantas y cavernas, en las cuales se precipita el agua del mar, rebotando con ruido sordo que parece salir del centro de la tierra. En este género debo hacer mención de lo que se llama en el país la *roca que humea*. Es una caverna angosta, que se prolonga hasta debajo de la roca del litoral, en la cual se halla una hendidura que termina en la superficie del suelo. El agua que allí entra, no hallando suficiente espacio para retirarse, é impulsada por una nueva ola, sale por la hendidura como un chorro de vapor que se volatiliza para caer en forma de lluvia. El chorro se eleva á mayor ó menor altura según la fuerza del viento y de la ola.

Bajemos aún más en la parte inmergida, donde hay otras cavernas de dimensiones varias. Si todo habla de muerte en las grutas del bosque, aquí todo es vida, habiéndose llamado con razón, á las curiosidades que en ella existen, las *maravillas del mar*. ¿Quién, en efecto, no admiraría ese coral viviente, de colores y formas tan variados? Allí muévense peces de todos tamaños, de escamas de todos matices.

Si se produjese algún nuevo levantamiento de la ribera, poseeríamos indudablemente otra serie de grutas subterráneas. Bastaría que la lluvia arrastrase la arena que obstruye las avenidas, y diese por el rezumamiento, ora á la bóveda, ora al suelo, las formas caprichosas de que hemos hablado arriba.

Volvamos ahora al bosque, y sigamos los principales hipogeos de la isla.

LAS OBRAS DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE Y DE LA SANTA INFANCIA

De la interesante Pastoral que con fecha de 28 de Enero ultimo ha dirigido á sus diocesanos el celoso Prelado de Mallorca, excellentísimo é Ilmo. Sr. Dr. D. Jacinto María Cervera, extractamos lo siguiente en que ensalza y recomienda estas Obras de celo por excelencia:

NACIDAS, dice, en el seno de la Iglesia, han sido y continúan siendo poderosos auxiliares de su Santa Madre en el desempeño de la misión salvadora que aquélla recibió de Jesucristo, de predicar el Evangelio á todas las gentes y de difundir la luz de la fe á los pueblos sentados en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte: ellas han facilitado abundantes recursos á los misioneros que, en el centro del Africa, en los países del Asia, en los bosques de América y en las islas de Oceanía, enseñan á las tribus salvajes á invocar el santo nombre de Dios y á conocer á Jesucristo; ellas han contribuído á que se abrieran las puertas del cielo, mediante el santo Bautismo, á una multitud innumerable de inocentes criaturas que sus padres, infieles desnaturalizados, abandonaron después de haberles dado el ser, y á que se recojan y eduquen cristianamente, las que sobrevivan á su abandono, en establecimientos fundados para este objeto; ellas, en fin, prestan valioso concurso para levantar á los pueblos infieles de la abyección moral y material en que están sumidos, y, para proporcionarles, junto con la fe de Jesucristo, las ventajas de la civilización verdadera, que sigue siempre las huellas del misionero católico, indicando la influencia de la Iglesia. Esto han hecho y esto hacen las Obras de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia.

Las consideraciones que dejamos indicadas movieron nuestro ánimo á instalar en la diócesis dichas Asociaciones, á fin de que todos pudiésemos participar del mérito del apostolado que la Iglesia ha ejercido desde sus primeros días, convencidos de que todos los que tomasen parte en estas caritativas Obras, reportarían de ellas frutos copiosísimos de espiritual aprovechamiento.

¡Ah! la cooperación de los fieles á la obra de evangelizar y civilizar las naciones sumidas en la infidelidad y en la barbarie, si hasta hoy había sido de alta conveniencia, es en las actuales circunstancias una ver-

dadera necesidad; lo que antes era obra de exquisito mérito, es de hoy más un deber para todos los que se precian de estar dispuestos á secundar los deseos de su Madre la Iglesia, poniendo en acción los medios que la caridad inspira.

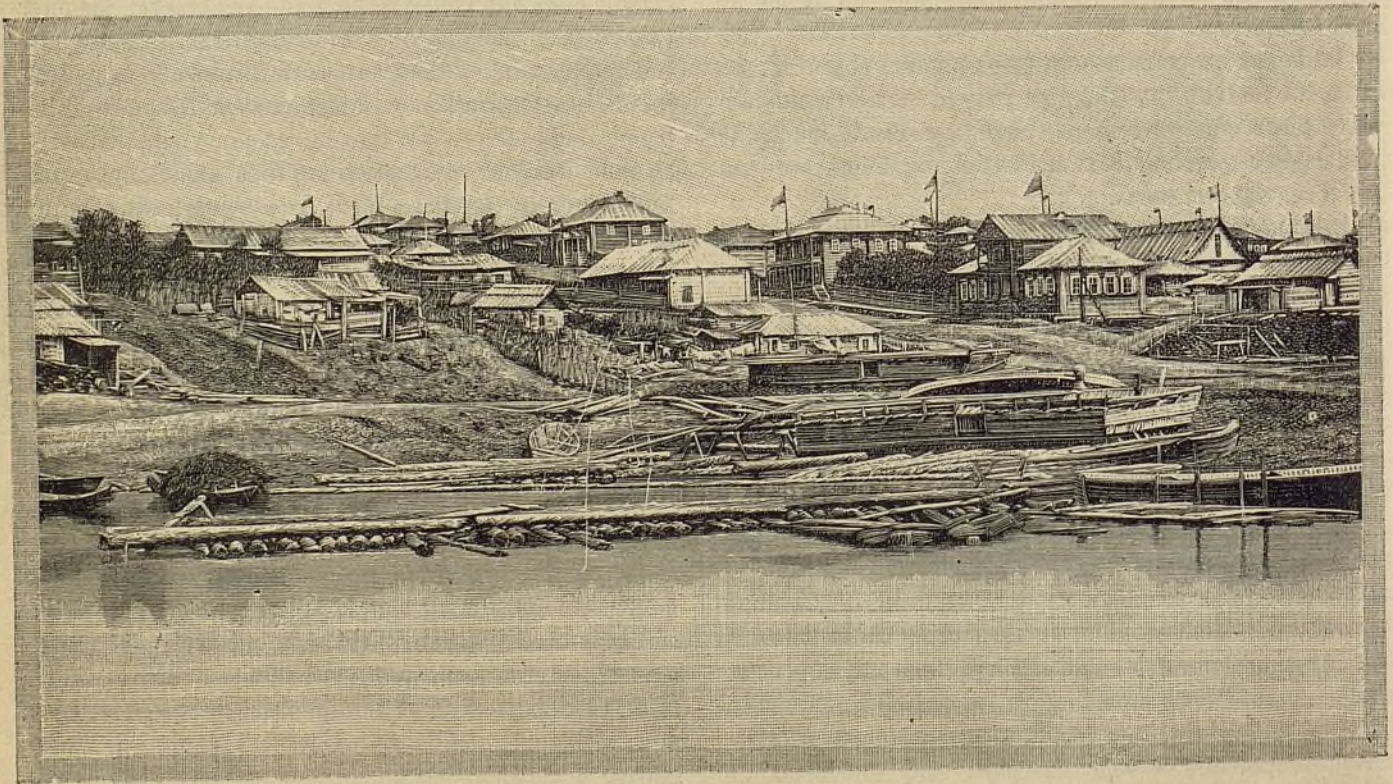
Los medios más eficaces y menos penosos de coadyuvar á la Iglesia en el ejercicio del apostolado, son las Obras de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia. La primera tiene por objeto agrupar el mayor número posible de fieles que contribuya con sus oraciones y con una limosna semanal, tan exigua que está al alcance de todos, á sostener las Misiones católicas y promover su desarrollo en el mundo. La Santa Infancia, instituída especialmente para que en ella ingresen los niños de ambos sexos hasta la edad de doce años, se propone un fin análogo, aunque más concreto, cual es contribuir con una pequeña limosna mensual á la obra de los misioneros del Asia, de recoger y educar al mayor número posible de niños abandonados por sus padres.

Bien quisiéramos en este punto, venerables hermanos y queridísimos hijos, poner de relieve la inconcebible ignorancia, la profunda miseria de los pueblos privados de la luz de la fe, la ferocidad de sus sentimientos y la barbarie de sus costumbres, que convierten la vida de los misioneros en un sacrificio continuado, para concluir muchas veces con el martirio: pero ni esto cabe en una Pastoral, ni vosotros necesitáis de estas vivas descripciones para comprender cuán imperiosamente reclama nuestros socorros la condición miserable de aquellos desgraciados, que está demostrando hasta la evidencia que en donde no impera el Evangelio, impera la barbarie.

¡Oh! ¿y quién puede remediar los grandes males que

pesan sobre estos infortunados pueblos? Los Gobiernos que se han propuesto civilizar á algunas de sus colonias, salvo raras y honrosas excepciones, se han ocupado más bien de avasallar á los indígenas que en mejorar su estado moral y material; las empresas mercantiles, guiadas por un torpe lucro, los han engañado para explotarlos, y más de una vez se ha empezado por inocularles el virus de una civilización corrompida para sujetarlos con la más vil de las cadenas, con la cadena del vicio. Sólo la Iglesia, que es verdadera madre, que tiene entrañas de madre, y que se conduce siempre y en todo como madre tiernísima, procede con desinterés y con espíritu de sacrificio, predicando la verdad y enseñando los caminos del bien á estos pueblos incultos; sólo ella posee el secreto de levantarlos, como el paralítico del Evangelio, de la postración en que yacen; porque sólo ella sabe hacerles comprender su dignidad de hijos de Dios.

La Iglesia, infatigable obrera de la verdadera civilización, envía intrépidos misioneros, ministros de la caridad de Cristo, mensajeros de la paz, de la felicidad y de la salvación de las almas y de los pueblos, que rompiendo los más fuertes lazos, salvando todos los obstáculos, con alegría inefable corren, vuelan en alas del amor á su Dios y á su prójimo á lejanas y salvajes regiones para regarlas y fecundizarlas con sus sudores y con su sangre, sin otro deseo, sin más ambición, sin otra esperanza que civilizar á unos bárbaros que necesariamente les son desconocidos. ¡Ah! ni las abrasadoras arenas, ni los desiertos, ni las distancias, ni las tempestades, ni los peligros en mares y ríos, ni las flotas enemigas, ni las persecuciones de los Gobiernos, ni la ferocidad de las bestias salvajes, y, ni la barbarie de los hombres, más feroces que las mismas bestias,



SIBERIA ORIENTAL.—Khabarovka en 1863. (Pág. 84)



SIBERIA ORIENTAL.—Khabarovka en 1894. (Pág. 84)

son bastante á detener á esos nuevos Pablos, que la Iglesia envía á propagar la fe, á predicar la verdad, á evangelizar al mundo, á llevar la luz de la palabra de Dios y de la civilización cristiana más allá de las islas y de los mares; allá donde haya ignorantes que instruir, infieles que convertir, y almas que salvar. Podrán las inclementes olas sepultar sus cuerpos en la profundidad de sus abismos, pero no sumergirán, ni extinguirán su caridad. Hoy, sin embargo, para proseguir tan noble empresa, se ve la Iglesia en la precisión de reclamar el concurso de todos sus hijos.

En efecto; la Iglesia había recibido en la sucesión de los siglos, diferentes auxilios temporales. Pero en estos últimos tiempos, la confiscación de los bienes eclesiásticos, en la mayor parte de los Estados cristianos, ha secado las fuentes de donde sacaba el Pontífice Romano para proveer á la extensión del Evangelio en las comarcas infieles. Fué entonces cuando la caridad de los buenos católicos ha hecho revivir el pasado, bajo otras formas, y los cinco céntimos por semana de la Propagación de la Fe ha constituido, en cierto modo, la lista civil del apostolado. Desde entonces las Misiones católicas han vuelto á florecer, y nunca quizás han sido tan generales y tan prósperas como hoy, gracias á la Obra admirable de que nos ocupamos.

Cierto que si no hace el apostolado, la Obra de la Propagación de la Fe lo fomenta y lo multiplica por su abnegación y su solicitud; lo sostiene con sus limosnas.

¡Ah! cualesquiera que sean nuestras liberalidades, á cualquier altura que hagamos subir el nivel de su tesoro, nunca pagaremos bastante la dicha de ver á la Iglesia, por nuestro concurso, dilatar sus pabellones, multiplicar su familia, regenerar sola los pueblos á través de esos millares de sectas y de escuelas que, li-

sonjeándose de moralizarlos, no consiguen más que pervertirlos.

No todos, hermanos é hijos carísimos, somos llamados á llevar el nombre de Cristo á los países infieles, no todos somos para arrostrar los trabajos y peligros que rodean continuamente la existencia de los misioneros; pero sí somos llamados todos á participar del mérito del apostolado de la Iglesia con nuestras oraciones, y á cooperar al fin que ella persigue con nuestras limosnas. Y á la verdad, á poco que reflexionemos, no podrá menos de ocurrirnos que no es mucho el contingente que se nos pide para una empresa en que otros sacrifican con el mayor desinterés su juventud, su familia, su bienestar, su salud, y con frecuencia la vida, la empresa de conquistar almas para Jesucristo.

En el mundo, cuando los hombres quieren hacer algo, cuando tienen el pensamiento de acometer una empresa, desde luego preparan fuerzas inmensas. Comienzan á trabajar, cuando han calculado su número y sus tesoros. Así proceden los hombres. Y frecuentemente, cualquiera que sea el poder de sus recursos, todos los proyectos fracasan; un soplo pasa, y destruye todos estos edificios construídos con grandes gastos, no quedando algunos días después, de todos los esfuerzos del espíritu humano, más que ruínas desoladoras, si no son también lamentables calamidades. Empero no sucede lo mismo con las cosas que la caridad emprende y ejecuta. ¡Oh! cuando tiene la idea de una obra, cuando un sentimiento noble la penetra y la arrastra, por importante que sea esta obra, y mayor en grandeza y dificultades, más simplifica sus medios de acción. Ella anda como Dios, del cual emana y cuya expresión viva es. Por eso, cuando Dios prepara algún acontecimiento

extraordinario, cuando quiere hacer una maravilla, elige en el rincón más ignorado del mundo un hombre en quien nadie piensa, una pobre mujer, á veces un niño, un pastor que guarda rebaños; le dice algunas palabras en el oído del corazón, lo anima con una energía sobrehumana, le asegura su poder, y, de pronto, el desconocido, el débil, el ignorante en apariencia, llega á ser con asombro de todos, una gloria, una fuerza, un genio como no se ha encontrado todavía.

Todo el poder de la caridad está en el acuerdo de los espíritus y de los corazones, esto es, en la asociación libre y afectuosa. Se ha dicho, y es la verdad: la unión hace la fuerza; lo que un alma sola, por rica que sea en recursos, no podría hacer, un número de almas, que aisladas son impotentes para todo, llegan reuniéndose á conseguirlo con admirable perfección. Esta asociación de sentimientos amorosos reclama la Obra que recomendamos, que es la obra de caridad por excelencia.

¿Qué mayor obsequio se puede prestar á Dios que ir á buscar á aquellos que son su imagen y lo ignoran, para traerlos á la plena luz donde comprendan su origen nobilísimo, su eterno fin y el camino que han de recorrer para alcanzarlo? ¿Qué obsequio mejor puede hacerse á Dios Padre que llevarle, ó bien hijos pródigos que le abandonaron, ó bien desgraciados que no le conocieron; que conducir á los brazos de Dios Hijo tantas ovejas que, redimidas con su sangre, no tienen quien se lo declare y haga estimar; que presentar á Dios Espíritu Santo tantas almas criadas para ser esposas suyas, en las cuales brillen sus preciosos dones y germinen los celestiales frutos de la gracia? ¡Oh! cooperar con Dios al negocio de la salvación de las almas, convirtiendo á las que erraron, reduciendo á las que le ofendieron, trabajando por pura caridad en la salud de todos los hombres, «es, según San Dionisio Areopagita, abundar en entrañas de caridad, imitar la comunicación de la bondad de Dios, ser á la norma de Dios, merecer el nombre de divinos y aún de divinísimos.» Los Doctores más eminentes que tiene la Iglesia de Dios han confirmado este aserto, diciendo unos con San Juan Crisóstomo, «que convertir un alma es más que dar riquezas sin cuento á los pobres, pues nunca imitamos mejor á Jesucristo que cuando cuidamos de la salvación de los hermanos;» otros con San Gregorio, «que es mayor milagro la conversión verificada por la predicación y oración que resucitar un muerto;» y otros, por último, con San Agustín, que «así como nadie persigue más á Cristo que el que le arrebató las almas, así nadie le honra ni sirve mejor que el que le devuelve las que le están alejadas.»

Esta serie de testimonios la corona dignamente nuestra incomparable Santa Teresa de Jesús, que, al leer las vidas de los Santos, se llenaba de santa devoción y se sentía enternecida siempre que se encontraba con los que habían convertido muchas almas; esto le daba más envidia que los mismos martirios, y por ello profesó siempre la mayor estimación á las Órdenes religiosas que se dedicaban á este ministerio enseñando, predicando ó de algún otro modo.

Ahora bien, venerables hermanos y amados hijos; en vista de estos elogios con que los Santos Padres enca-

recen la obra verdaderamente divina de extender el reinado de Jesucristo sobre la tierra, conquistándole nuevos adoradores y formando nuevos ciudadanos para el cielo, debemos considerar como beneficio muy señalado de Dios nuestro Señor, el habernos puesto en condiciones de cooperar por nuestra parte al sostenimiento y prosperidad de los misioneros católicos, arraigando y fomentando más día por día la Obra de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia. Sí, hoy que en nombre de la *razón* se trabaja con satánico afán para organizar un estado social excluyendo de él á Jesucristo; hoy que Sociedades mil veces condenadas por la Iglesia conspiran desvergonzadamente contra la fe católica, debemos todos desplegar nuestra actividad y nuestras amorosas energías para desarrollar tan benéficas Asociaciones; tan reiteradamente recomendadas por los Romanos Pontífices, y tan generosamente enriquecidas con los dones de las indulgencias.

«Esta grande y santísima Obra, decía Gregorio XVI, que módicas ofrendas y diarias oraciones dirigidas á Dios por cada asociado sostienen, aumentan y fortifican, tiene por objeto sostener á los obreros apostólicos, ejercitar respecto de los neófitos obras de caridad cristiana, y librar á los fieles de las persecuciones. La consideramos hoy muy digna de la admiración y del amor de todas las gentes de bien. Y no se debe creer que sea sin un designio particular de la divina Providencia, que un bien tan útil á la Iglesia le haya sido acordado en estos últimos tiempos. En una época en que las inclinaciones de todos géneros del enemigo infernal atacan á la Esposa amadísima de Jesucristo, nada podía llegarle más oportunamente como ver á los fieles inflamados por el deseo de propagar la verdad católica, anuar los esfuerzos y sus recursos para trabajar por ganar todos los hombres á Jesucristo.» «Nos hacemos un deber, ha dicho nuestro Santísimo Padre León XIII, estimular el celo piadoso y la caridad de los cristianos, para que se apliquen á ayudar, aquí con oraciones, allá con limosnas, la Obra sagrada de las Misiones y de la Propagación de la Fe. Cuán grande es la excelencia de esta obra, lo demuestran, sea los bienes que á ella están unidos, sea las ventajas y los frutos que resultan. Esta Obra santa tiende directamente á la gloria del nombre divino y extensión del reino de Jesucristo sobre la tierra; es una fuente inagotable de beneficios para los que están sumidos en el fango del vicio y en la sombra de la muerte, porque no solamente se han hecho partícipes de la salvación eterna, sino que pasan de la vida inculta y de las costumbres bárbaras á todas las ventajas de la vida civilizada. Mucho más, es extremadamente útil y fructuosa para todos los que toman alguna parte, porque les procura riquezas espirituales, les ofrece asunto para meditar y hace, por decirlo así, á Dios mismo deudor.»

Os exhortamos, pues, venerables hermanos é hijos muy queridos, á secundar los altos designios de la Iglesia, asociándoos todos á esta Obra, santa y admirable por su fin, fácil y popular por sus medios, preciosa por sus raras ventajas; Obra que ha recibido los estímulos de todos los Obispos del Catolicismo, y las bendiciones de todos los Papas que se han sucedido en la Silla de San Pedro desde Pío VII hasta León XIII; Obra que

aumenta el reino de Dios, facilita la misión evangelizadora de la Iglesia, levanta de su degradación á los pueblos idólatras, arranca á la muerte millares de nuevos Moisés, y es un manantial fecundo de celestiales bendiciones para los que la protegen y para los por ella protegidos.

Procuren nuestros amadísimos y celosos párrocos y vicarios en iglesias filiales hacer florecer en sus respectivas feligresías estas Asociaciones, que ciertamente no desmerecen de ninguna otra ni por la elevación de su objeto, ni por la santidad, facilidad y eficacia de sus medios, como ni tampoco por la abundancia de sus frutos.

Mediten, que siendo el fin de estas Obras recoger limosnas pequeñas, pero numerosas y continuas, deben asociarse, para hacerlas prosperar, algunas personas de reconocido celo que las promuevan con entusiasmo y que las sostengan con perseverancia. ¡Oh! si logran, como esperamos, que se arraiguen en sus parroquias, además de proporcionar á éstas un elemento más de piedad, y á Nos un grandísimo consuelo en el Señor, no duden que atraerán abundantes bendiciones del cielo sobre sí mismos y sobre los fieles confiados á su cuidado...

LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE EN EL URUGUAY

LAMAMOS la atención de los católicos uruguayos, dice un periódico de Montevideo, sobre la Obra de la Propagación de la Fe que viene á fundar el misionero apostólico monseñor Terrien, delegado de los Consejos Centrales de Lyon y de París.

Nosotros desearíamos transmitir á los lectores de *El Bien* la convicción que llena nuestro espíritu, de la urgente cuanto excepcional importancia de esta Obra apostólica, á fin de que todos sin excepción cooperen á la realización de tan grande empresa.

Enriquecida esta Obra con grandes indulgencias, elogiada y aplaudida por los Pontífices, en el seno de la Francia católica ha tenido el mayor desarrollo.

Debe quedar establecida en todo país católico sin excepción. Donde quiera que exista un grupo de católicos, es decir, un grupo de hombres que disfruten del bien incomparable de la fe y la moral de Jesucristo, debería organizarse esa Obra esencialmente caritativa y católica.

¿Con cuánta mayor razón no deberá organizarse en nuestro país, donde una inmensa mayoría vive bajo la santa autoridad de la Iglesia?

El Prelado diocesano comprendiéndolo así, le ha prestado todo su entusiasta concurso y apoyo moral, porque ha viajado tanto por las regiones del globo donde menos resplandece la luz de la fe, y ha podido darse cuenta exacta de la suprema necesidad que existe en el seno de la Iglesia de favorecer esa gran Misión, á cuyo frente figura la Institución que tan dignamente representa entre nosotros monseñor Terrien.

Fué fundada esta Obra en Lyon el año de 1822, habiéndose extendido desde entonces con suma rapidez por el mundo entero. El Papa Pío VII, y cada uno de sus Sucesores, la han enriquecido con preciosas indul-

gencias, y más de novecientos Obispos la han recomendado eficazmente á los fieles en sus cartas pastorales, habiéndola enaltecido y encomiado hasta lo sumo el Papa Gregorio XVI en sus Encíclicas del 15 de Agosto de 1840. Anteriormente los Soberanos Pontífices Pío VII, León XII, Pío VIII, y posteriormente Pío IX, por rescriptos de 15 de Marzo de 1823, de 11 de Mayo de 1824, de 18 de Septiembre de 1829, de 25 de Septiembre de 1831, de 15 Noviembre de 1835, de 22 de Julio de 1836, de 17 de Octubre de 1847, de 10 de Septiembre de 1850, de 31 de Diciembre de 1853, de 17 de Abril de 1855, de 7 de Marzo de 1862, de 26 de Enero de 1865, le han concedido numerosísimas indulgencias. En fin por una Encíclica de 3 de Diciembre de 1880, el Papa León XIII la ha recomendado solemnemente á todo el orbe católico.

Elevada á tanta altura esta Obra de la Propagación de la Fe por tan insignes Pontífices y Príncipes de la Iglesia, lejos de impedir que las otras obras católicas se abran camino y prosperen, ha contribuído á sostenerlas, atrayendo sobre todas ellas las bendiciones del cielo, y encontrando siempre medios de socorrer á todas las Misiones. De uno á otro extremo del mundo los pueblos recientemente convertidos la bendicen, los misioneros le envían las reseñas de sus trabajos, de sus victorias y de sus sufrimientos, y los Mártires, cayendo bajo la cuchilla del verdugo, conservan de ella un recuerdo que llevan hasta el trono del Altísimo.

He aquí en dos palabras la historia de la Obra de la Propagación de la Fe. Según se desprende de esta relación, los católicos del universo entero, sea cualquiera su edad, su sexo ó su país natal, están llamados á tomar parte en esta Obra, que se encuentra al alcance de todos, y de prestarle su decidida cooperación; porque mientras las sectas separadas de la verdadera Iglesia, gastan sus conocimientos y su tiempo, é invierten sus millones en propagar el error, ¿no se creerán los católicos en el deber estricto de extender el reinado de Jesucristo en los corazones de los hombres, este reinado por cuya extensión piden si cesar en la oración dominical y con las palabras *Venga á nos el tu reino?*

El número de Misiones auxiliadas en ambos mundos está creciendo cada año, el de los obreros evangélicos ha aumentado en todas ellas de una manera considerable. Por las predicaciones de estos numerosos apóstoles han cesado los sacrificios humanos en las regiones donde aun se verificaban, y los ídolos han sido echados por tierra: en otros países, infieles todavía, millares de almas son regeneradas, recobrando su parte en la herencia celestial. Y todo este bien se ha realizado con el auxilio de las limosnas de los fieles recogidas y distribuídas por la Obra.

Las recogidas en un solo año ascienden á 6.587,049'49 francos, á saber:

Diócesis de Europa.	6.181,892'03
Idem de Asia.	7,018'90
Idem de Africa.	33,454'97
Idem de América.	359,387'19
Idem de Oceanía.	5,296'40

La sola publicación de estos guarismos demuestra la colosal importancia de la Obra, bien se la considere

en el orden católico, como en el de la civilización y del progreso.

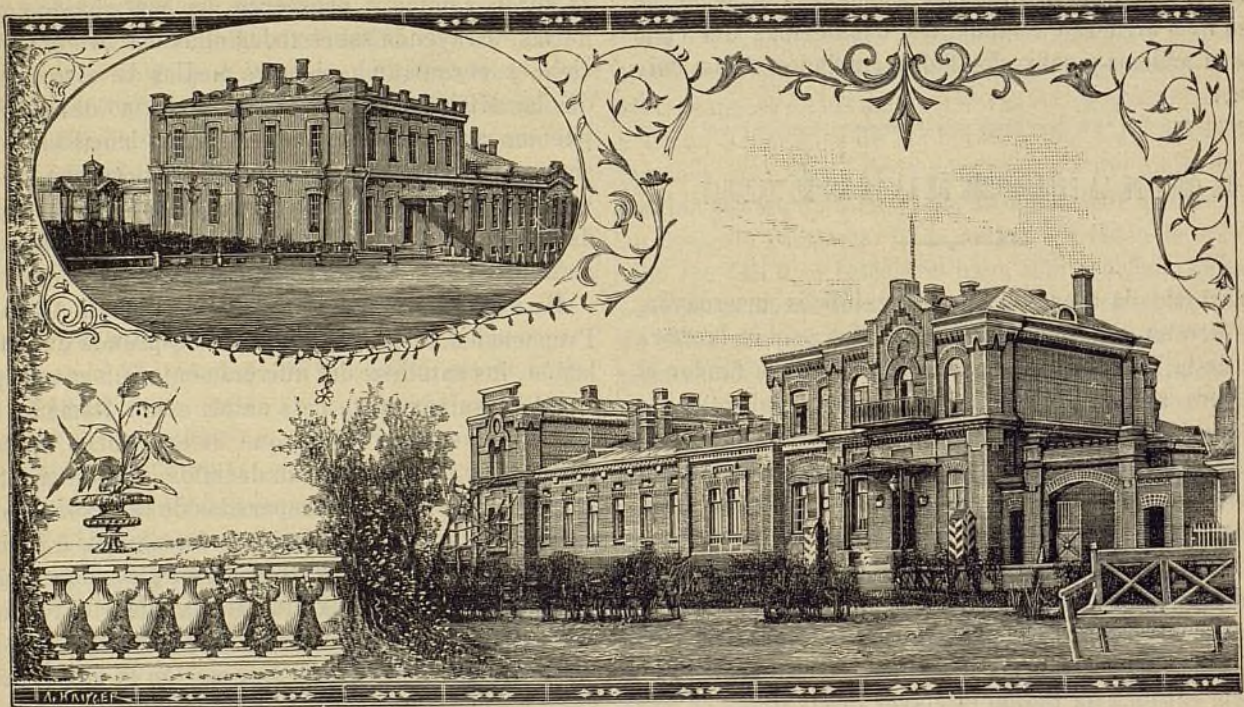
Y por lo que hace á la obligación que tenemos todos los católicos de ayudar prácticamente á monseñor Terrien en su evangelizadora misión, vamos á reproducir algunas reflexiones:

«Examinando con atención el trabajo de la distribución, y poniendo al frente de las sumas repartidas en 1896 á cada Misión, las que les dieron en 1895, se notará con tristeza que, por la fuerza de las cosas, hemos tenido que hacer rebajas por lo general.

«No obstante, nuestros asociados al advertir este hecho doloroso, no podrán tener sino una débil idea del sentimiento experimentado por los Consejos directores de la Obra de la Propagación de la Fe. «La mies blanca, numerosos obreros solicitan marchar á sacrificarse y morir; eso nos escriben todos los Obispos, jefes de los vicariatos. Pueblos antes ignorados ó rebeldes, nos

baja en los recursos ya débiles, de que dispone! Esos pueblos que se dirigían á él ya no podrá evangelizarlos.

«Cierto, en su alma de cristiano y de sacerdote, saludará las Misiones recién creadas que cada año toman su parte, con él, en el sueldo de la Propagación de la Fe; pero, pensando en sus propios neófitos se dirigirá á nuestros queridos asociados, á nuestros directores diocesanos de todos los países del mundo, y les dirá con una elocuencia que no sabríamos tener nosotros: Allá, lejos, hay unas ovejas que no han entrado aún en el redil; es preciso que yo las llame. Por ellas estoy dispuesto á morir; á ellas, mis sacerdotes, auxiliares, jóvenes de ambos sexos, van á rendirles el homenaje de sus corazones donde germinan los sacrificios que las mejores madres desconocen; vosotros, hermanos, que permanecéis en vuestros hogares, ya que no vuestra sangre, dadnos vuestro oro, vuestras economías grandes ó chicas. Es para la Obra de la Propagación de la Fe, que el



¡SIBERIA ORIENTAL.—Club de los oficiales. Casa del general gobernador en Khabarovka. (Pág. 84)

«llaman, pero necesitamos recursos más considerables; «por favor, aumentad nuestra asignación ordinaria,» y en apoyo de este ruego, nos muestran con números irrefutables, cuán insuficientes son las cantidades que les asignamos. ¡Ay! no podemos contestarles sino confesando nuestra impotencia.

«Sin duda, mantener poco más ó menos sus posiciones, no acusar al menos en un presupuesto relativamente considerable sino un déficit poco importante, y eso, cuando las obras locales establecidas recientemente en los países católicos para la defensa religiosa, solicitan la caridad, es un resultado que agradecemos á Dios y lo atribuimos al celo de nuestros colaboradores; pero para un pobre Obispo en país lejano, que ha tenido en su corazón evangélico la visión de nuevas conquistas que realizar y ha contado con la eficacia de sus legítimos ruegos acerca de los Consejos, ¡qué tristeza, qué desilución, en presencia de la realidad y de una

cardenal Parocchi llamaba no ha mucho «la maravilla «del siglo XIX,» es para la salvación inmortal de las almas y la extensión del reinado de Dios.»

Terminamos encareciendo á los lectores su apoyo incondicional y generoso á la Obra de la Propagación de la Fe, una de las más grandiosas empresas del siglo actual.

DECRETO DE LA S. C. DE «PROPAGANDA FIDE»

SUPRESIÓN DE LA PREFECTURA APOSTÓLICA EN LAS JURISDICIONES ORIENTALES QUE NO TIENEN TERRITORIO PROPIO, Y SUSTITUCIÓN DE LA MISMA POR LOS SUPERIORES DE LAS MISIONES.

EL elevado misterio de los varones apostólicos exige que, al cultivar éstos la viña del Señor, obren todos de acuerdo y trabajen con igualdad de miras. Porque el enemigo siembra en el mismo campo la cizaña,

hace la guerra á los misioneros por medio de los malvados, y les presenta á cada paso graves dificultades que vencer y grandes penalidades que arrostrar. De aquí la utilidad y necesidad de que los que han de pelear contra los vicios de los hombres y contra los enemigos de la cruz de Cristo sean dirigidos con prudente celo y caridad por una persona que á la vez haga de jefe y consejero. De este modo será más fácil que los que, aun habiendo sido redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo, viven todavía en la infidelidad, en la herejía ó en el cisma, vuelvan al seno de la Iglesia para adquirir méritos de vida eterna.

Nuestro Santísimo Padre León XIII, con la sabiduría que le distingue, y en su gran solicitud por todas las Iglesias, principalmente las orientales, mandó en sus letras del 19 de Marzo de 1896, después de añadir á su constitución *Orientalium* algunas prescripciones y exhortaciones, que se diese un decreto determinando los medios más conducentes para la propagación del nombre cristiano, y que se modificasen, según la intención de Su Santidad, algunas cosas establecidas por el derecho vigente acerca de los deberes y facultades que tienen los Delegados apostólicos en concurrencia con los Superiores de las Misiones orientales.

En cumplimiento de lo manifestado por Su Santidad, la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* determinó lo siguiente:

1.º Quedan suprimidas las prefecturas de las Misiones apostólicas en las Iglesias orientales, establecidas dentro de los límites de otra Misión ó diócesis, y que por lo tanto no tienen propio territorio, subsistiendo, sin embargo, con pleno derecho las Misiones ya fundadas: los Prefectos serán substituidos por los Superiores de las Misiones.

2.º El Superior general de la Orden que tenga allí Misiones establecidas, propondrá á la Sagrada Congregación un Religioso de su Orden que se distinga por su virtud y doctrina, y al que la Sagrada Congregación constituirá Superior de la Misión si lo juzga conveniente.

3.º Las cartas ó diplomas dados por la Sagrada Congregación serán entregados al designado y nombrado Superior de la Misión, con las facultades apostólicas que se juzgue conveniente concederle por medio del Delegado apostólico en cuyo término se halle la Misión, establecida.

4.º Además del Superior de la Misión, será nombrado por el General de la Orden un Superior regular que vigile y conserve diligentemente la disciplina en los misioneros de su propia Orden, y distribuya los cargos de la Misión según las dotes de cada individuo, para lo cual debe aconsejarse del Superior de la Misión y ambos de común acuerdo proveerán todo lo que juzguen necesario para la propagación de la fe católica.

5.º Si alguna vez, por circunstancias especiales, que con el transcurso de los tiempos puedan sobrevenir, el General de la Orden quisiera unir en un Religioso el cargo de Superior de la Misión y el de Superior regular, necesitará para ello el permiso de la Sagrada Congregación.

6.º El Superior de las Misiones llevará la administración ordinaria de las Comunidades cristianas convertidas por los trabajos de los misioneros apostólicos, ó que

de nuevo hayan vuelto á la fe después de haberse separado de ella, hasta que pueda sometérselos á la jurisdicción de los Obispos del rito propio. También será incumbencia de los mencionados Superiores fundar ó establecer nuevas casas de Misiones, consultándolo antes con el Delegado apostólico. Igualmente puede tomar las determinaciones que crea necesarias y prudentes para el buen régimen de las Misiones.

7.º El principal deber del Delegado apostólico será vigilar para que los misioneros no cejen nunca en el cumplimiento de su deber, sino que trabajen cada día con más asiduidad; que visiten con frecuencia todos los términos de su jurisdicción, instruyan á los cristianos, fortalezcan á los débiles en la fe y atraigan á los que la hayan abandonado; que cultiven, en fin, de tal modo la viña del Señor que realicen grandes conquistas para la fe de Jesucristo, teniendo en cuenta que Este recompensará largamente sus desvelos. Igualmente cuidará mucho de que se guarden y cumplan los mandatos y determinaciones de la Santa Sede.

8.º Ha de procurar igualmente el Delegado apostólico obrar de acuerdo con el Superior de la Misión en todas aquellas cosas que á la administración y progreso de la misma se refieren. Si en negocios de grave importancia hubiese desacuerdo entre ambos, prevalecerá el juicio del primero, quedándole, no obstante, al Superior de la Misión la facultad de recurrir á la Congregación para que ella determine lo que en tales casos de desavenencia haya de hacerse.

Hemos de notar, para concluir, que todas estas disposiciones han sido aprobadas y confirmadas por Su Santidad, quien ha derogado todo lo que en contrario hubiese sobre la materia, sosteniendo, sin embargo, los derechos y deberes que entre los Ordinarios y misioneros deben existir siempre.—(L. C. de D.).

CRÓNICA

España.—El M. R. P. Fr. Francisco M.^a Cervera, digno sucesor del llorado P. Lerchundi en la Prefectura de Marruecos, nació en Valencia el 13 de Marzo de 1858 y vistió el hábito franciscano en el Colegio de Santiago de Galicia el 17 de Septiembre de 1874.

Distingióse ya desde niño por su piedad y aplicación al estudio, haciendo en éste y en la virtud grandes progresos, sobre todo después que se alistó bajo la bandera del Serafín de Asís. El delicado estado de su salud obligó á los Superiores á proporcionarle clima más benigno, y lo destinaron á las Misiones de Marruecos aun antes de ser sacerdote. Allí, bajo la dirección del P. Lerchundi, trabajó incansablemente por el incremento de nuestra santa Religión, por el esplendor de la patria y por el cultivo de las letras, dedicándose con particular afición al estudio del difícil idioma árabe, en el cual es versadísimo, como luego lo demostrarán algunas importantes obras que, según tenemos entendido, está preparando para la estampa. Después del P. Lerchundi, era el P. Cervera uno de los miembros más beneméritos de la Misión Franciscana de Marruecos.

Conocedor el Rdm. P. Vicecomisario general de los Franciscanos de las grandes dotes del P. Cervera, le nombró su Secretario general, cargo que desempeñó con entera satisfacción de la Orden, hasta que su quebrantada salud le obligó á dejar la Corte para retirarse á su provincia de Santiago, en la que permaneció varios años con el cargo de Superior del convento de Herbón.

En aquel santo retiro se hallaba tranquilamente cuando recibió la noticia de su nombramiento para Prefecto de Marruecos en sustitución del P. Lerchundi, nunca bastantemente llorado. Tan pronto tomó el P. Cervera posesión de su difícilísimo cargo, consagróse de lleno á procurar el bien de la Misión y los intereses de la patria. Visitó ya todas las Residencias de los Misioneros; dió nuevo impulso á la imprenta arábigo-española que tiene la Misión, y realizó otras importantes obras, las cuales hacen esperar en el P. Cervera un digno sucesor del P. Lerchundi.

Roma.—Han tomado posesión de sus puestos los nuevos miembros de la Sacra Congregación para la unión de las Iglesias de Oriente y de Occidente, cardenales Satolli y Ferrata.

Habían asistido tres días antes á la clausura de la magnífica octava de la Epifanía en San Andrés del Valle, en que tocó dar la bendición al Emmo. cardenal Cretoni, á quien formaban corona los párrocos de Roma y los Generales de las Ordenes religiosas, ejecutando un cántico admirable los alumnos del Seminario romano.

Pero lo que produjo la admiración de todos fué la presencia de las altas dignidades orientales que se encuentran en Roma, revisitando las vestes pontificias de Oriente. Estaban el Prelado búlgaro Maladinoff, el Procurador general del Patriarca de Babilonia de los caldeos, los Superiores de los hospicio-colegios de los maronitas y armenios, el Arzobispo de los griegos y el Subobispo y Procurador general del Patriarca sirio de Antioquía. Al ver á estos orientales unidos á las principales dignidades de la Iglesia latina orar, unidos al pueblo, por la unión de las Iglesias, surgió en todos los corazones la esperanza de ver cumplido el voto de León XIII en favor de un solo rebaño y de un solo Pastor en la Iglesia de Jesucristo.

—Su Santidad el Papa León XIII acaba de nombrar obispo de la diócesis de Búfalo al R. Jaime E. Quigley, D. D. Es un sacerdote de aquella misma diócesis, y muy digno, á la verdad, de que el Sumo Pontífice le haya escogido para suceder al llorado ilustrísimo Sr. V. S. Ryan. Hizo sus estudios filosóficos y teológicos en la Universidad de los Padres Jesuitas de Innsbruck (Tirol), y los completó en el Seminario de *Propaganda Fide* en Roma. Tiene en la actualidad unos cuarenta años.

Krishnagar (Indostán).—El Ilmo. Pozzi, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Milán, obispo de Krishnagar, escribe á los señores Directores de la Obra de la Propagación de la Fe:

«A nosotros, misioneros, acuden siempre los cristianos en sus apuros. Desde hace algún tiempo su situación es muy dolorosa. No tienen arroz, carecen de trabajo, todas las cosas alcanzan un precio excesivo, y no contamos con el dinero preciso para socorrer á esta población hambrienta. El año empieza apenas, y está aún muy distante la cosecha. Para ir tirando hasta el mes de Julio, época en que llegará la cantidad que destináis á nuestra Misión, tendremos que pedir prestados seis mil francos. ¿Cómo me sería posible socorrer á los pobres? Soy el más pobre de todos. Así hago un llamamiento á vuestra piedad, é imploro de vuestro corazón misericordioso mil quinientos francos que necesito con urgencia para salvar á mis cristianos de la muerte. Pongo toda mi confianza en vuestra bondad y generosidad: Jesucristo os recompensará: El os dirá: «Tenía hambre y me disteis de comer!»

Estados Unidos.—El Hon. Mr. Storer, de Cincinnati, representante que ha sido de su Estado en la Cámara americana, se ha convertido al Catolicismo, y ha dicho lo siguiente á uno que parecía poner en duda su conversión:

«Sí, yo soy católico, y no hay ningún secreto acerca de mi conversión; pero como se trataba de un negocio exclusivamente mío, no pude resolverme á trompetearlo por todas partes. Sin embargo, lejos de mí el querer negar el hecho, como que no hay nada en ello de que pueda avergonzarme. Di el gran paso después de largo y maduro examen, y ahora soy miembro de la parroquia del P. O'Rourke, rector de la iglesia de los Santos Angeles.»

Escriben de Nueva Orleans que el Ilmo. Sr. Janssens ha ordenado de sacerdote al R. Nelson Ayres, exministro de la Iglesia episcopal, y convertido hace algunos años al Catolicismo después de la muerte de su esposa.

Australia.—Los apostólicos trabajos de los reverendos Padres Trapenses en Beagle Bay se ven coronados por el éxito. El día de la Asunción de Nuestra Señora doce seres humanos (cinco de ellos de doce á quince años y los siete restantes á treinta) fueron regenerados con el agua del Bautismo. La fiesta que con tal motivo se celebró fué un verdadero acontecimiento, al que dió carácter de extraordinaria originalidad la asistencia de gran parte de la población pagana, que presenció aquella con gran compostura.

La impresión que en la ciudad produjo el acto no es para descrita. El día siguiente, domingo, el padre de un recién bautizado, que aun permanecía en el error, dijo gritando en plena iglesia al primer Religioso que halló á mano:

—Te he dado á mi hijo: tú lo has bautizado; estoy contento; ¡él será feliz, guárdalo! Cuanto á mí, también quiero ser cristiano; de aquí á dos meses despediré á todas mis mujeres (la poligamia, como puede suponerse, es uno de los mayores obstáculos con que tropiezan aquellos beneméritos Religiosos), con excepción de una; después me bautizarás, pues, como te he dicho, quiero ser cristiano.

Y como quiera que además de este salvaje han sido más de veinte los que han pedido acercarse á la pila bautismal, se dispuso un segundo bautizo, que probablemente tuvo lugar el día de la Purísima Concepción.

Por otra parte, los doce recién bautizados eran, en la fecha en que alcanzan las noticias que de aquellas remotas regiones se tienen (25 de Agosto) preparados para recibir por vez primera á Nuestro Señor Jesucristo, y según entonces se presumía, el día de Todos los Santos debió celebrarse la fiesta solemne de la primera comunión, fiesta que parece se repitió el día de Navidad.

Noticias varias.—Hasta la fecha han ingresado 25,000 pesetas en poder de la Comisión gestora del expediente de beatificación del venerable mártir Ilmo. Fr. Valentín de Berrio-Ochoa. Las fiestas religiosas que se han de celebrar en Bilbao con motivo de esta beatificación serán muy solemnes.

—Anuncia el *Liverpool Catholic Times* la conversión del señor John Bates, J. P., de Aydon, Northumberland, anticuario de renombre y exalumno de la Universidad de Cambridge, en que se graduó por los años de 1874. Fué recibido en la Iglesia católica el día 21 de Noviembre, día en que se conmemora el nacimiento para el cielo del ilustre mártir inglés Tomás Perry, séptimo conde de Northumberland y propietario que fué del castillo de Langley, que está ahora en posesión de Mr. Bates.

—Se observa un gran progreso en las Misiones católicas portuguesas con destino á las posesiones de Africa. Estos últimos días han salido para Caconda varios misioneros, á cuyo frente va el P. Genié, que ha vivido once años en aquel país. El P. Lecomte, superior de la Misión de Benguela, queda en Lisboa vigilando la impresión de una gramática de la lengua *mbundú*, para uso de los jóvenes catequistas. Este mismo Religioso ha dado una importante conferencia sobre las posesiones africanas en la Sociedad de Geografía de Lisboa.

VARIETADES

ARCHIPIÉLAGO DE JOLÓ (FILIPINAS)

EL archipiélago de Joló está formado por una multitud de islas madreporicas, cuyos grupos principales se denominan Joló, Tawi-tawi, Tapul, Pagaturang, Tagbabas, Balanguingui, Kecuapoussau, y Cagayán de Joló. El último está situado en la extremidad septentrional de Borneo.

Una parte de esta isla y casi toda la Paragua, constituye la *Sultania de Joló*.

El grupo de Joló se compone de 19 islas, de las cua-

les 1 es regular, 4 de mediana extensión y las restantes pequeñas.

Joló, que da su nombre al Archipiélago, se halla en los 125° 21' longitud y 6.° latitud; corre en dirección SO. desde Mindanao á Borneo; tiene 72,15 kilómetros de E. á O.; 32,52 de ancho, y 840 kilómetros cuadrados de superficie.

El clima es constante, cálido y húmedo. En Abril, Mayo, Junio, Noviembre y Diciembre llueve mucho.

La temperatura es fresca en las costas, y fría y húmeda por las noches en la estación de Nortés.

El terreno es montuoso y accidentado, con escasas llanuras y muy fértil.

La isla presenta una cordillera central que corre de N. á E., de la cual parten ramificaciones. Sus montañas, bastante elevadas, son de configuración volcánica.

La cima de Tumatangis, punto culminante del sistema, se eleva 882 metros; le sigue en importancia el Babú, que mide 840 metros.

El río más caudaloso es el de Maibung, que nace en las vertientes meridionales de la sierra principal y desemboca al S. en el pueblo de su nombre.

El Sucbuc, el Tieban y el Cabuncul son poco importantes.

Puertos.—El de Joló, declarado franco desde 1876, entre punta Dinangapit y punta Belan á NO., con 18 á 20 brazas de fondo; los de Luban al SE. y Punaugan al SO.; el seno Cabuncut, al S.; el de Lugbae, frente á la ranchería de Vinuayo; el de Tuta, al N. del anterior, donde se hallan los pueblos Pandampandam y Baticulán; el fondeadero de Carondog y el seno de Pitoyo.

Reino vegetal.—Semejante al de Mindanao. Abunda la teca, camunig, molave, narra, maugachapuig, épil y otras maderas igualmente estimables, así como el cocotero, cabonegro, el burí, la nipa y otras palmas; las gomas, almáciga y otras clases de resinas; las raíces alimenticias y demás productos análogos.

En sus pantanos abunda el mangle.

Producciones.—Excelente café, arroz superior y frutas riquísimas, entre ellas el delicioso *maugostán*.

En sus costas se recoge la concha nácar, de la que se extrae gran cantidad de perlas.

Las hay de primera calidad y mucho valor, blancas y negras, y también ovaladas, que á pesar de no ser de gran tamaño, no bajan allí de ciento cincuenta pesos.

Comercio.—Los principales artículos de comercio son el Carey, balate, aletas de tiburón, cacao, cuero de vaca y carabao, bejucos y perlas.

Los chinos, que en número bastante crecido existen en Joló, y los ingleses de Borneo y Singapoore, monopolizan estos productos, surtiendo á Joló en cambio de armas, municiones, telas y manufacturas.

Joló está situado en un frontón de costa en figura de media luna, cuyos extremos están formados por Punta Diangapit y Punta Matanda.

La isla de Joló es alta: la población está en la parte Norte. Dista de Manila 622 millas; de Zamboanga, 60, y de Basilan, 9.

En Joló hay un gobierno político-militar, á cuyo frente se halla un coronel.

En Siasi, Bongao y Tatoan, se han establecido comandancias militares á cargo, cada una, de un capitán.

El sultán de Joló reside en una de las islas más al interior.

El grupo de Tawi-tawi, situado entre Joló y Borneo, asciende á más de cuarenta islas, una de las cuales es bastante grande.

Tawi-tawi, tiene 58 kilómetros de longitud, 20 de ancho y 110 millas de circuito.

Dista de Joló 55 kilómetros.

En la sierra que atraviesa, distínguese el pico Dromedario, de 570 metros.

Cuenta con una laguna llamada Lanantangag, con siete brazas de fondo.

El 29 de Enero de 1882, un destacamento de tropas españolas ocupó el frontón NE. de la isla de Bongao, del grupo de las de Tawi-tawi, izando en la punta más saliente de aquél la bandera nacional.

A raíz de este suceso, fué á Bongao el *Paulima* (gobernador) Asuseyne, con sus *sácomes* de Ubiau, y se le invitó á que trasladara su residencia á la isla, lo cual verificó acompañado de toda su familia y de cuarenta súbditos de ambos sexos, haciendo levantar á un extremo de la isla una casa para él, en la que izó la bandera española en señal de adhesión á nuestro país.

El grupo Tapul, consta de diecinueve islas, de las cuales cuatro solamente son de regular extensión.

La isla más importante del grupo es Siasi, con más de 22 millas de circuito.

Los grupos de Pangurtarang y Tagbabas, se componen de más de 30 islas bajas y de poca extensión.

El grupo de Balanguingui, guardada en otros tiempos de terribles piratas, punto principal de la campaña de 1848, cuenta 18 islas, de las cuales sólo 7 alcanzan regular extensión.

La isla de Cagayán de Joló: la mayor parte de este grupo mide más de 20 millas cuadradas de superficie. Posee dos notables lagunas, una de agua salada, y potable la otra, y un lago también de agua potable.

La población de Joló propiamente dicho, es de 1,500 almas, y la de Tawi-tawi de 3,800.

El total de habitantes del Archipiélago se cree excede de 200,000.

Los moradores de estas islas son malayos-mahometanos, idénticos en carácter, naturaleza y condiciones á los de Mindanao, aunque más independientes, aguerridos y tenaces que aquéllos.

El gobierno de la Sultanía de Joló es oligárquico. La autoridad del sultán tiene más de ficticio que de real. El Consejo de los *dattos*, especie de diván malayo, que en número de quince comparten con aquél la autoridad, resuelve la cuestiones principales, viniendo á constituir un senado vitalicio y por derecho de herencia. Dichos magnates obedecen al sultán en los asuntos de interés común, mas no en aquello que les perjudica ó lastima sus intereses.

Sultán y dattos tienen por principal ocupación la piratería, que ejercen personalmente los últimos con sus capitanes y esclavos, ó por medio de éstos.

Los esclavos que hacen en las islas Filipinas, son su principal riqueza, puesto que les labran los campos, les surten de hermosas perlas y de valiosos nidos de *salanganes* (á costa muchas veces de su vida), reman en sus embarcaciones, y vienen á ser en sí mismos objetos de

segura mercancía, que no realizan ordinariamente sus dueños porque su conservación les reporta mayores ventajas.

El servicio militar es, en caso de guerra, obligatorio á todo joloano, quienes siempre van armados.

La autoridad del sultán y de los dattos es despótica en grado sumo, y lo mismo que los magnates de Mindanao, ni aun el honor de las mujeres é hijas de sus *sácopes* y esclavos está á salvo de su capricho, y menos aún lo están sus vidas y haciendas.

La religión que profesan es el Islamismo.

LA LENGUA CHINA

Uno de los frutos que ha dado la campaña chino-japonesa, indudablemente ha sido el de despertar entre los pueblos europeos un extraordinario interés por todo lo que se refiere á los pobladores de aquellas extrañas y poco conocidas regiones. Esto ha hecho naturalmente que, como siempre que se habla mucho tiempo de un mismo asunto, se publicasen en periódicos y revistas gran número de artículos tratando de China y de los chinos. Entre todos aquéllos ha llamado la atención un largo estudio que sobre la lengua china ha publicado un escritor alemán, vista la decidida afición, principalmente entre los comerciantes é industriales, que se ha despertado por aprenderla y vulgarizarla. Esto, sin embargo, no es cosa tan fácil de conseguir, dado lo difícil que es el idioma chino. Cuenta éste con 1,774 monosílabos. Ningún idioma europeo tiene más de 500. Y no estriba en esto solo la dificultad de aprender dicha lengua, pues no es poca el llegar á conocer todas las letras del alfabeto, entre las cuales hay 108 vocales.

No digamos nada de los numerosísimos dialectos que se hablan en el vastísimo imperio del Hijo del Cielo. Refiriéndonos sólo á la lengua *ku-wen*, que es la que estudian los sabios y los misioneros europeos, nos encontramos con que consta de 260,000 caracteres, número enorme y que da idea de lo difícil que ha de ser retenerlos en la memoria. Los sabios, empero, han encontrado el medio de reducirla á 214 claves ó signos primitivos; algo se gana con ello, pero la dificultad continúa, pues cada signo de éstos consta de varios rasgos, habiendo algunos que tienen hasta 15.

Por eso se comprenderá fácilmente la dificultad de aprender una lengua semejante, y sobre todo, de servirse de ella.

Los caracteres ideográficos chinos consisten en *dibujar* la palabra, no en escribirla. Por ejemplo, la palabra «hombre» la escriben los chinos por medio de una línea perpendicular, dividida en dos en su base, los dos pies; «montaña» se escribe trazando sobre el papel tres puntos formando triángulo, dos en la base y uno arriba que figura la cima del monte; para escribir «árbol» trazan varias líneas figurando el tronco y las ramas, y para escribir «bosque» pintan los árboles juntos.

Al irse desenvolviendo la vida, esos caracteres se fueron complicando, y fué preciso encontrar manera de expresar cosas nuevas ó ideas abstractas. Basándose entonces sobre los caracteres primitivos, se añadieron á éstos algunos complementarios. Así, una oreja apoyada contra una puerta quiere decir «escuchar;» una

mujer con una escoba en la mano quiere decir «mujer casada;» una mujer bajo un cobertizo vale tanto como decir «concordia;» dos mujeres bajo el mismo techo significa «discordia;» una mujer entre dos hombres dice para los chinos «desgracia» ó «pena.»

Si difícil es escribir la lengua china, más difícil es hablarla, pues una misma sílaba sirve para expresar diez ó doce ideas distintas, sin otra diferencia que la entonación con que se pronuncia. Así por ejemplo *tseung* significa todo esto, según como se acentúa: herbívoro, elefante, ingeniero, hombre, ruiseñor, luna, etc. La siguiente anécdota que ha referido un misionero inglés explica lo difícil que ha de ser pronunciar bien la *divina* lengua. Viendo un día á un labrador que volvía del campo, le dijo muy cortésmente el reverendo padre: *Nee fan hue kwai*, ó como si dijéramos: «Hacia casa, ¿eh?» á lo cual contestó el labriego con una mirada terrible que dejó frío al ministro. El chino había entendido que éste le enviaba al diablo, y toda la culpa la tuvo un maldito acento que el misionero colocó indebidamente en la última palabra.

PIRÁMIDES MEJICANAS

Célebres son estas pirámides, contiguas á San Juan Teotihuacán, llamadas del *Sol* y de la *Luna*. No es posible formarse de ellas una idea exacta sin verlas y estudiarlas; sin embargo, se conocerá su magnitud por los siguientes datos: la del *Sol*, que es la mayor, tiene por el lado N. á S. de la base 232 metros; por el lado E. á O., cara caustral, 22.º id., siendo su altura de 66 id., y la inclinación de las facas de 31.º. La de la *Luna* tienen los lados N. á S. de la base, 130 metros, y por el lado E. á O., 156 id. y llega á la altura de 46 metros, con una inclinación de las facas de 31.º,30. Están construidas por capas sobrepuestas y alternadas de barro y piedra, de toba volcánica, de barro y arena gruesa de *tezontle* (piedra muy porosa y de un color encarnado obscuro), y, por último, una muy delgada de finísima cal, bruñida por su cara superior, siguiéndose el mismo sistema en todo el monumento. Hállanse circuidas de otros pequeños monumentos fúnebres, los cuales revelan su destino. Se ignora por quiénes y cuándo fueron levantadas, porque si bien algunos las atribuyen á los toltecas, pueblo civilizado anterior á los mejicanos, es muy posible hayan sido construidas en época más remota. Sea de esto lo que fuere, una circunstancia llama la atención, y es la analogía que se observa entre estas pirámides y las famosas de Egipto, hasta el punto que muchos de sus detalles son absolutamente idénticos. Lo propio se observa en las de Cholula y Papantla, y en las tan celebradas ruínas del palacio de Mitla. Es este un argumento no despreciable de que los pueblos que tales edificios levantaron no desconocían la cultura y civilización egipciaca.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE
 Para las Misiones más necesitadas
 José M.ª Arrarás, de Pamplona. 11 ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona